



Juan A. Ortega y Medina

“Pródromos de la escalada viajera anglosajona”

p. 255-318

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura\\_viajera.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

# ARTÍCULOS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

20100179A





## Pródromos de la escalada viajera anglosajona<sup>1</sup>

257

A raíz de la Independencia las puertas de la recién nacida nación mexicana se abrieron generosamente de par en par para dejar paso, liberal e irrestrictamente, a todos los extranjeros que acudieron como moscas al rico y atractivo panal, hasta entonces muy vigilado y restringido, de la que durante la época colonial había sido considerada como la celosa, clausurada y misteriosa China del Nuevo Mundo, es decir, la Nueva España. En el pasado sólo tres extranjeros habían revelado parte del misterio: el comerciante florentino Francisco Carletti, que burlando la celosa vigilancia de los oficiales reales en Sevilla se embarcó rumbo a las Indias Occidentales (Panamá, Perú, Nueva España; 1573-1596), llevó a cabo jugosas operaciones comerciales y regresó al viejo mundo por la ruta de oriente; el exdominico Thomas Gage, fraile renegado al servicio de la Inglaterra republicana de Oliverio Cromwell, quien con su

<sup>1</sup> Este texto se publicó originalmente con la primera parte de *Zaguan abierto al México republicano (1820-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, p. 3-53 [n. del ed.].

*Nueva relación de las Indias Occidentales* (1648) incitó al protector a la conquista regeneradora (espiritual y material) de la Nueva España, que por fortuna se limitó a duras penas a la debelación de la isla de Jamaica (1655); y el sabio e incansable viajero prusiano Alejandro de Humboldt, que en 1803 viajó por la Nueva España y que gracias a la generosidad y desprendimiento de los hombres de ciencia novohispanos, al entusiasmo de los alumnos del Colegio de Minería, a los archivos que se le abrieron *ad libitum* y asimismo merced a su gran talento y capacidad receptora sintético-científica pudo publicar el famoso *Ensayo político* novohispano (1808) que despertó los apetitos inversionistas de las naciones europeas más pujantes, sobre todo de la Inglaterra rica y victoriosa tras la batalla de Waterloo (1815) y también el de los ambiciosos y emergentes norteamericanos. No podemos considerar en el mismo sentido la obra de Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*, incluido en el sexto volumen de la edición napolitana (1699-1700) del *Giro mundo*, ni la de Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (1746), porque si bien ambos escritores viajaron por la Nueva España y recopilaron en ella diversos testimonios científicos, datos y curiosidades, de hecho pudieron hacer su recorrido y trabajos, pese al recelo y trabas de las autoridades españolas, dado que los dos eran súbditos del rey de España. Y por lo que toca al abate La Chappe, que viajó por la Nueva España (1769) para observar la conjunción de Venus y el Sol, su interés casi exclusivamente científico le permitió llegar hasta San José del Cabo (Baja California Sur), donde murió víctima de su pasión de astrónomo.

El México independiente se vio inmediatamente invadido por toda clase de viajeros; por toda la gama espectral de intereses y condiciones, de educación e instrucción. Trotamundos de toda laya, desde comerciantes honestos y bien intencionados hasta aventureros audaces en busca de cualquier oportunidad legal o ilegal que les saliese al paso; también arribaron hombres curiosos, interesados por las novedades que ofrecía el nuevo país, así como jóvenes diplomáticos, los más, ya oficiales u oficiosos, que buscaban establecer en nombre de su país relaciones con nuestro México, en competencia incluso agría y celosa entre ellos con vista a obtener para su patria el trato de nación más favorecida con exclusión de cualquier otra.

Entre 1821 y 1822 la euforia política, la pasión y el orgullo patrióticos estuvieron firmemente empeñados en clausurar y renunciar tan entusiasta cuanto irreflexivamente a nuestro inmediato pasado histórico, a los tres siglos

de historia colonial, por aceptar como dogma y como principio de fe política que el pasado colonial había sido un lapso histórico no constitutivo de nuestra nacionalidad. Gracias a la Independencia habíamos cortado las ataduras con las que la atrasada, cruel y monopolista España nos había trabado e impedido progresar a partir de la Conquista (1521). El México libre podía ahora emprender el vuelo y sobre los antiguos y profundos valores del mundo prehispánico subyacente, pero todavía vivo, reanudarla la gloriosa marcha interrumpida. Como escribía don Carlos María de Bustamante, el apasionado y arrebatado historiador de la independencia, “¡qué lágrimas no se han derramado en el discurso de tres siglos! Aquellos monstruos de barbarie e ignorancia ¡cuántas trabas no pusieron a las ciencias, a las artes, al comercio y a la navegación! ¡Cuánto no trabajaron por perpetuar aquí la ignorancia y la superstición, armas fuertes con que se atan los ingenios y se vincula para siempre el reinado del terror! [...] Pero nada es eterno en este mundo miserable; compadeciósse al cielo y amaneció el hermoso día 16 de septiembre de 1810: oyóse la voz de libertad en el venturoso pueblo de Dolores; propagóse su eco con la rapidez de la aurora y los hijos y descendientes de Quautemoc fueron libres... ¡Manes de Mochteuczoma, ya estáis vengados!”<sup>2</sup>

Para Bustamante, así como para sus seguidores, imitadores y repetidores, lo cual ha quedado como inconcusa verdad oficial en los textos escolares, “¡desde aquel malhadado día [13 de agosto de 1521]; qué diluvio de males no ha llovido sobre este suelo!”<sup>3</sup> Y el ardiente patriota Bustamante termina en larga y condenatoria nota pidiendo al excelentísimo ayuntamiento de la capital que en el lugar donde fue apresado Cuauhtémoc se erija una sencilla columna con la siguiente inscripción: “Pasajero, aquí espiró la libertad mexicana por los invasores castellanos que aprisionaron en este lugar al emperador Cuauhtémoc en doce de agosto de 1521. ¡Odio eterno a la memoria execrable de aquellos bandoleros!”

A don Lucas Alamán tal antihistórico punto de vista le parecía no menos absurdo que a Henry George Ward, diplomático y viajero por el México de los años veinte, primer representante de Inglaterra (1825-1828) en nuestro país

2 Carlos María de Bustamante, “Notas...”, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1975 (Sepan cuantos... 300), p. 1058.

3 *Ibidem*, p. 1059.

y lector declarado del *Cuadro histórico* de Bustamante. Ward no podrá explicarse con claridad el romanticismo neoaztequista del escritor criollo (hijo de padre español) y, en general, el de los descendientes de los españoles, partidarios todos, casi sin excepción, de la independencia nacional fundamentada emocional y políticamente en el pasado prehispánico. A Ward le suena extraño, más aún, absurdo, “oír a los descendientes de los primeros conquistadores (ya que estrictamente hablando, eso [son] los criollos) acusar gravemente a España de todas las atrocidades que sus propios antepasados cometieron; oír invocar los nombres de Moctezuma y de Atahualpa, explayándose sobre las miserias que habían sufrido los indios y esforzándose por descubrir alguna afinidad entre los sufrimientos de esa sumisa raza y la suya propia”.<sup>4</sup> Pero en este sentimiento de justificación nacionalista coincidían –repitamos– todos los criollos hispanoamericanos, porque como el propio comentarista inglés lo indica, en el primer *Manifiesto* del Congreso de Buenos Aires se presenta la matanza de Caxamarca realizada por las fuerzas de Pizarro, émulo de Cortés en el Tawantinsuyo, como uno de los alegatos para la Independencia. Con criterio más sereno y comprensivo que el de Bustamante y seguidores, el general, historiador y político Vicente Riva Palacio, utilizando el método historiográfico spenceriano (positivismo evolucionista) escribe que la época histórica comprendida entre el 13 de agosto de 1521 y el 27 de septiembre de 1821 constituye el desarrollo y desenvolvimiento del pueblo mexicano: “La Nueva España no fue la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominación extranjera: fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones filosóficas ha sido considerarla así, cuando es un pueblo cuya embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español, durante los cuales con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes, formóse la individualidad social y política que sintiéndose viril y robusta, proclama su emancipación en 1810.”<sup>5</sup> Luego, ese pasado colonial comprendido entre las dos fechas anotadas por Riva Palacio nos es fundamentalmente constitutivo; lapso histórico del que no podemos prescindir y menos desdeñar o renegar de él, so pena de extraviarnos en el peligroso laberinto de la inidentidad e inseguridad ahistoricistas.

4 H. G. Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 466 (nota).

5 En *México a través de los siglos*, introducción al tomo II, p. VIII de la edición de S. Ballecá, Barcelona, 1884-1889.

La nueva nación mexicana, al cortar dramáticamente los vínculos con un pasado que era juzgado como absolutamente negativo, se ofrecía a sí misma ante la mirada de los *otros* (de los extranjeros visitantes y de los observadores y comentaristas de allende del mar) acrisolada, virginal, antiespañola y, vale la pena reiterarlo, redimida por su neoaztequismo romántico. Se pensó y creyó ingenuamente que los de fuera (los extraños) sólo verían aquella pura naturaleza moral y política con que surgimos al mundo histórico competitivo y moderno tras diez años de destructora y cruenta guerra civil. Aspirábamos a que se nos viera como queríamos ser vistos; es decir, a las mejores luces del presente y sin los claroscuros entorpecedores. Al romper con España pretendimos también que ella sola apurara el cáliz de la famosa y denigrante leyenda negra y que ni la menor sombra de ésta opacase el cándido esplendor de nuestra noble doncella republicana. Empero los otros, los de siempre, los que habían batallado denodada y tozudamente a lo largo de tres centurias contra todos los valores e intereses hispánicos, penetraron o rasgaron con sus inveterados prejuicios y estereotipos históricos la veste solemne y pudorosa, y descubrieron o vieron bajo ella la misma vitanda creatura española, incluso más degenerada todavía (y al negativo e injusto juicio de Marx y Engels, respecto al conflicto yanqui-mexicano de 1847 remitimos al crítico lector a guisa de ilustración histórica) contra la que habían luchado y a la que habían logrado desacreditar a partir del siglo XVI. La indolencia, incapacidad, anarquía, egoísmo, orgullo desaforado, fanatismo, intolerancia, explotación, crueldad e inclusive cobardía hispánicos siguieron siendo los calificativos y tópicos vigentes para caracterizar ahora a los descendientes de la espuria España.

La mayor parte de la literatura anglosajona del siglo XIX sobre México, salvo pocas y honrosas excepciones (y dentro de ella destacaremos la obra de W. Bullock, *Six month's residence and travel in the Mexican Republic*, 1824) adolece o cojea en términos generales de este sentimiento o resentimiento estigmatizante, difamatorio.

De nada nos sirvieron nuestras mejores intenciones y protestas; toda esa literatura viajera asomaba, si no es que todavía sigue mostrando (el caso de *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence resulta más que patente) el antiguo desprecio y la añeja y arrogante incompreensión coheredadas. La situación acabó siendo para nosotros trágica: a nuestra buena fe se respondió con engaños, amenazas y agresiones. Fue un penoso y pesado tributo el que tuvimos que pagar y que aún, no nos hagamos ilusiones, continuamos pagando por



causa de nuestra herencia española, de nuestro lastre hispánico; porque los *otros* se empeñaron en ignorar nuestra inocente y aventurada actitud de querer ser distintos y nos siguieron viendo tras los lentes ahumados de sus rancias monomanías antiespañolas.

## II

La obra ya citada de Alejandro de Humboldt se convirtió en el obligado y consultadísimo vademécum para todos los viajeros, aventureros, científicos y charlatanes que pretendieron venir a México. Los que pudieron llegar al paraíso soñado, bebieron su información en las páginas del *Ensayo político* novohispano o en las antologías y extractos del mismo que se multiplicaron por Europa y Norteamérica. La revelación humboldtiana no sólo entusiasmó a las compañías inversionistas sino también a los individuos particulares, que libro o compendio en ristre, queremos decir bajo el brazo, iban comprobando o rectificando, dado el caso, como si se tratara de un nuevo periplo, la entelequia económica y política novohispana descubierta por Humboldt frente a la realidad constitucional y administrativa del México independiente.

Aunque no se trata propiamente de un viajero ni de un inversionista típico, haremos desfilar en primer término, en plena insurgencia, al norteamericano William Davis Robinson, agente confidencial y simpatizante, ya de los realistas ya de los insurgentes, de acuerdo con los vaivenes de la guerra; pero cuyas aventuras y desventuras, aunque interesantes, en justa correspondencia a su robinsonesco apellido, no nos toca examinar puesto que no encaja en el grupo primero de viajeros anglosajones que incursionaron por nuestro país a partir de 1821. *Las memorias de la Revolución Mexicana con inclusión de la narración relativa a la expedición del General Xavier Mina* (Filadelfia, 1820 y Londres, 1821), parcialmente traducidas al español por José Joaquín de Mora y publicadas en México en 1824, poseyeron, para su tiempo, el incalculable valor de una develación política; de un inmediato saber lo que estaba pasando en el reino novohispano por parte de los dos interesados espectadores: la Corte de Saint James y el Departamento de Estado norteamericano.

Robinson había publicado con anterioridad un folleto que desbordaba el interés estrictamente novohispano: *Ojeada sobre Hispanoamérica (Cursory view of Spanish America, 1815)*, en donde analiza la situación caótica del mundo hispanoamericano en vísperas de la consolidación política independiente y se

muestra partidario de los revolucionarios, especialmente de los mexicanos. Radicado Robinson en Nueva Orleans ayudó a la *causa* insurgente, a la que hizo suya por partida doble, es decir, en función de su propio interés y a favor de su propio país. Robinson había recibido del secretario de Estado, Mr. James Monroe, pasaporte y el encargo de observar los progresos de la Revolución Mexicana y de ilustrarlo en todo lo concerniente a la situación social, política y económica del mundo novohispano; lo cual, conocido por D. Juan Ruiz de Apodaca, capitán general de Cuba (1812-1816), y virrey de Nueva España (1816-1821), en carta a D. Felipe Facio, cónsul español en Nueva Orleans, le recomendaba que vigilase al tal Robinson, el cual no era sino “un pájaro de cuenta”. Esta ave aventurera acompañó al general Mier y Terán a la desastrosa aventura de Coatzacoalcos; fue hecho prisionero por los realistas y enviado a España; pudo fugarse, regresó a su país y murió triste y olvidado en Filadelfia (1830).

*Las notas sobre México* por “Un ciudadano de los Estados Unidos”, aparecidas en Filadelfia en 1824, fueron inmediatamente conocidas en nuestro país y más pronto aun identificado el autor de las mismas, Joel Roberts Poinsett. Éste desembarcó en Veracruz el 18 de octubre de 1822; se presentó en aguas mexicanas a bordo de una fragata de guerra estadounidense, en calidad de “comisionado”, con una carta de presentación del secretario de estado Henry Clay para el emperador Iturbide. Al saberse la llegada del enviado norteamericano, el general Wilkinson expresó al que le anunció la noticia, según refiere Bustamante, lo que sigue: “¿Qué crimen había cometido este desgraciado pueblo, que el cielo en su cólera le mandaba tal hombre para que le causara las mayores desgracias?”.<sup>6</sup> Poinsett había viajado por Sudamérica antes de venir a México y había salido malparado por sus juicios atropellados y maliciosos sobre la conducta de las damas y damitas criollas y, en general, sobre las torpezas de las mujeres hispanoamericanas. Ya en México, por segunda vez, no encontró el ambiente tan favorable para su misión diplomática oficial como él se había imaginado: en primer lugar por “falta de una atmósfera de simpatía personal para él, por ciertas apreciaciones que contenía su libro escrito en el otoño de 1822, y porque había *tratado con acrimonia a las damas mexicanas*, debido a que se estimaba como una descortesía la negligencia con que los Estados Unidos habían visto sus relaciones con la República”.<sup>7</sup>

6 Cit. F. J. Gaxiola, *Poinsett en México (1822-1828)*, México, Editorial Cultura, 1936, p. 58.

7 *Ibidem*, p. 55.

Desde el punto y hora en que puso los pies en Veracruz (1822), Poinsett procuró ponerse en comunicación con el comandante militar de la plaza, el coronel Antonio López de Santa Anna, al que describe como un hombre joven de unos treinta años, de mediana estatura, delgado, pero bien constituido; de semblante expresivo y muy inteligente, pero en el que se reflejaba el sufrimiento y la fatiga producidos por el mal clima. Aquel inquieto y astuto representante del país del norte (el *modelo* republicano y federal por excelencia para los criollos mexicanos políticamente más avanzados) debió interesarle mucho al joven coronel, máxime cuando Poinsett le expresó que aun cuando llegaba a México para estudiar al país, traía la misión de informar a Washington sobre la conveniencia de establecer relaciones con el gobierno imperial de Iturbide.<sup>8</sup> Santa Anna quedó impresionado y, según Francisco Javier Gaxiola, las entrevistas que sostuvo con el impulsivo republicano estadounidense, que se había incluso atrevido a hacer propaganda republicana en la corte imperial de San Petersburgo, le impulsaron a que “se lanzara a la arena revolucionaria proclamando un sistema político que él mismo no entendía”.<sup>9</sup> Además Poinsett, en sus relaciones con el mundo hispanoamericano siempre fue imprudente, su desparpajo e intromisiones, por ejemplo, en Chile (1811), llegaron hasta el punto de tomar parte en la redacción de la constitución chilena, de influir en los negocios públicos y notoriamente en el ejército. Sus intrigas e interferencias en los asuntos internos del país lo colocaron, como le ocurriría años más tarde en México como embajador (1825-1829), en situación difícil ante el Supremo Director de la Nación (Bernardo O’Higgins, de 1817 a 1823) y fue expulsado de Chile. Hay que imaginar que con tan brillante y experimentada ejecutoria diplomática su entrevista con el joven Santa Anna debió ser, sin duda, de órdago incitatorio y republicanizante. El gobernador militar de Veracruz se apresuró a facilitar la tarea del comisionado de llegar cuanto antes a la capital mexicana para iniciar las conversaciones sobre el reconocimiento diplomático y dejar delimitadas claramente las fronteras entre los dos países, cuestión escabrosa y confusa que desde la fecha del Tratado Onís-Adams (1819) venía arrastrándose y que había que aclarar y arreglar ex-

8 Por supuesto Poinsett mentía; cuando se halló sentado ante la mesa de discusiones y se le pidió mostrase sus credenciales, se excusó de no exhibirlas por la simple razón de que no traía ninguna representación diplomática.

9 *Ibidem*, p. 32.

peditamente entre los dos países. Parece ser que Poinsett también traía consigo en su portafolio el influir sobre el gobierno imperial sobre la ratificación de la concesión hecha a Moisés Austin en Texas y el de obtener el referendo a favor del hijo de éste, Esteban. Austin había hasta entonces fracasado en sus gestiones; pero resulta verdaderamente raro que llegando Poinsett a la capital se resolviese favorablemente el asunto de la colonia texana. El 14 de enero de 1823 el Consejo de Estado rindió informe sobre la ratificación presentada por Austin y el 18 de febrero fue aprobada por el emperador. Más aún, depuesto éste, los triunviros que formaron el poder ejecutivo se apresuraron a ratificar nuevamente la concesión, pese a la caótica situación política por la que pasaba el país y a pesar de los informes procedentes de nuestro encargado de negocios en Washington, que advertía “de las ambiciosas miras de los Estados Unidos sobre el territorio de Texas y de los peligros que ofrecía la colonización de la provincia”.<sup>10</sup> Resulta, por consiguiente, intrigante que la Junta Instituyente que había declarado nulas todas las actas de Iturbide se diera tanta prisa en acceder a la solicitud de Austin en un momento en que tantos y tan graves problemas había que resolver.

Las *Notas* de Poinsett, recopilación de las cartas que fue enviando a un amigo durante su rápido viaje a través de México en el otoño de 1823, impresiones a vuelapluma acerca de la gente mexicana en general, sobre personajes, sobre criollos, mestizos e indios, instituciones de todo tipo, casas, paisajes, riquezas abundantes y mal empleadas, agricultura, minería, etcétera, tenían que ser publicadas dado que los intereses norteamericanos (económicos, políticos y territoriales) necesitaban de un panorama informativo puesto al día, porque se sospechaba que la información novohispana de Alejandro de Humboldt de 1803 (el *Ensayo político*) ya resultaba obsoleta a causa de la larga, terrible y destructora guerra civil de independencia que durante diez años habla asolado y arruinado económicamente y biológicamente al país.

Santa Anna le cayó muy bien a Poinsett y aquél se sintió también atraído por la personalidad aventurera del agente confidencial y por la vasta experiencia viajera del mismo. El impulsivo y poco experimentado milite no tuvo inconveniente en explicarle el plan que tenía para atacar y tomar el castillo de San Juan de Ulúa, ocupado todavía por las fuerzas españolas; pero Poinsett, que tenía estudios militares, percibió en seguida lo fantasioso del pro-

<sup>10</sup> Comunicación del M. Bermúdez Rozan (26 de marzo de 1822), *cit.* Gaxiola, *op. cit.*, p. 30.

yecto y evitó dar a su interlocutor una opinión sobre el disparatado plan de ataque, porque estaba seguro de que el castillo era muy poderoso, de que la entrada al puerto no podía ser bloqueada durante el invierno a causa de los nortes y porque el jefe del fuerte no dejaría de bombardear las casas de la ciudad, donde vivían los españoles ricos, y donde Santa Anna pensaba poner sus baterías amparándose en esta subjetiva y sentimental circunstancia protectora.<sup>11</sup>

Un viajero procedente de la capital se acercó a la mesa donde comía Poinsett, en un mesón de Plan del Río, y le puso al corriente de la “tiránica conducta del emperador.”<sup>12</sup> La minúscula que emplea Poinsett (*emperor*) pone de manifiesto su antipatía republicana, su antimonarquismo. De acuerdo con el relato transcribe Poinsett: Iturbide “se ha convenido en un perfecto déspota, como si hubiese heredado la corona y tuviese un derecho legítimo para oprimir a sus súbditos”.<sup>13</sup> Un joven oficial del ejército, un teniente, le confió también con aire de misterio, “que él creía que todo lo que se decía sobre Iturbide era cierto y que el descontento era general en la provincia de Veracruz. Me dijo que Guadalupe Victoria, el célebre caudillo revolucionario, estaba oculto en las montañas, y no muy lejos de donde nos encontrábamos ahora, habiéndose visto obligado a huir de México para ponerse a salvo de las persecuciones del usurpador. Me aseguró que la mayor parte de los oficiales de su regimiento eran republicanos y se refrenaban en declararse contra el emperador sólo por su coronel Santa Anna, quien ejercía gran influencia sobre las tropas”.<sup>14</sup> Salta a la vista que el caldo político-militar estaba más que cultivado para dar paso a la aventura santannista republicana (2 de diciembre de 1822). Inmediatamente dejaría Guadalupe Victoria su robinsonesco exilio serrano, se presentaría en Veracruz y se uniría a Santa Anna: el camino hacia el Plan de Casamata quedaba abierto (1 de febrero de 1823).

Poinsett llega a Xalapa y entra por una calle cuyo nombre hace estremecer la conciencia religiosa de este descendiente de viejos hugonotes franceses: *Calle de la pura sangre de Cristo*. A sus oídos de protestante el epíteto resulta una horrenda profanación. Busca posada (pocas y malas son las que hay) y tras probar una que era demasiado pequeña, sucia y mal ventilada, termina

11 [J. R. Poinsett], *Notes on Mexico*, Philadelphia, 1824, p. 16.

12 *Ibidem*, p. 22.

13 *Idem*.

14 *Idem*.



por alojarse en la *Gran sociedad*, tan detestable como la otra. Lo primero que hace es visitar al general español José Antonio Echávarri, comandante en jefe de las Provincias de Puebla, Oaxaca y Veracruz, quien lo invita a comer en unión de los jefes y oficiales del Estado Mayor, y formando parte de éste encuentra a dos paisanos suyos: un médico y un *soi dissant* ingeniero. La comida, la conversación con Echávarri y acompañantes le agradan, no así la presencia aventurera de sus coterráneos cuyas respectivas especialidades dejaban mucho que desear, según el viajero.

Prosigue Poinsett su precipitado viaje; llega a Puebla y se aloja en un mesón tan ruidoso e incluso más sucio que los encontrados por el camino, o que el de Jalapa; para mayor ludibrio y escándalo ¡oh Señor! se llamaba *Mesón de Cristo*. El intendente de Puebla al conocer la calidad diplomática del “agente público” norteamericano quiere alojarlo en su casa; pero Poinsett rehúsa porque desea “moverse con libertad y hablar con la gente”.<sup>15</sup> Y, en efecto, habla y experimenta cierta pena al conversar con algunos que le expresan que “Iturbide fue elevado al trono por las voces unidas de todo el pueblo”.<sup>16</sup> A lo cual otorga poco crédito pues la parece improbable que después de los horrores de la anarquía y de la guerra civil la gente aceptase tranquilamente un gobierno tan arbitrario como el de Iturbide.

La *bête noire* de Poinsett es el emperador ante el cual tendría que presentar sus oficiosas credenciales. El primer encuentro oficial es con José Manuel Herrero, que le parece hombre astuto, bien informado y situado políticamente en una peligrosa eminencia que no le permite tolerar que se hagan juicios y consideraciones sobre los riesgos de la situación. Cuando menos, si es que la apreciación de Gaxiola es correcta,<sup>17</sup> del ministro de Estado logró la ratificación de las concesiones de Austin. Treinta minutos de conferencia tuvo poco después con el emperador, contra el cual estaba de antemano prevenido. Éste, de aspecto más bien germano que español, subraya el visitante, lo recibió con gran cortesía y desembarazo, observa Poinsett; aprovechó la ocasión para alabar a los Estados Unidos y a sus instituciones, pero lamentó “que éstas no eran adecuadas, dadas las circunstancias de su país. Modestamente me insinuó que él había cedido con mucha repugnancia a los deseos del pueblo, pero que

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 38.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>17</sup> Gaxiola, *op. cit.*, p. 32.

se había visto compelido a sufrir que pusieran la corona sobre su cabeza para prevenir el desorden y la anarquía”.<sup>18</sup> Sin embargo, los informes al Departamento de Estado de Washington así como ciertas opiniones antiiturbidistas incluidas en sus *Notas* nos muestran a un Poinsett astuto y observador que predice la inminente caída de Iturbide. En efecto, sobre la sesión secreta en la cámara de diputados en que se discutió la proposición del Consejo Privado del emperador para disminuir el número de representantes a setenta, de lo que se siguió posteriormente la disolución del Congreso y el arresto y detención de los opositores, Poinsett declara que él no sabe si los detenidos son o no son culpables; pero que incluso admitiendo que lo fueran, los disculpa a cuenta de que ningún espíritu generoso puede ver y sufrir pacientemente la esclavitud de su país sin esforzarse por liberarlo mediante la destrucción de un usurpador y tirano. Sus informantes fueron los propios diputados encarcelados en el convento de Santo Domingo y sobre todo los informes provenientes de un hábil y talentoso conocedor del país, el embajador de Colombia, don Miguel Santamaría, veracruzano de origen (1789-1837), en cuyo domicilio se incubó buena parte de la conspiración antiiturbidista que culminó en el levantamiento de Santa Anna. Nuestros políticos criollos seguían ingenuamente proveyendo de argumentos diplomáticos e históricos peligrosamente buneránicos a los políticos ambiciosos de la gran república del norte, como con admiración prosternada apellidaban nuestros noveles republicanos criollos a su venerable dechado transtexano.

Frecuenta también Poinsett las casas de la aristocracia mexicana; en una de ellas, la del conde de Regla, conoce a la condesa, la todavía bella, famosa y bien conservada Güera Rodríguez, a la que Alejandro de Humboldt había enmarcado en una coruscante cornucopia que despertaba el interés, entre curioso y morboso, de todos los viajeros extranjeros que desfilaban por México. Asiste al espectáculo risible de la corte imperial mexicana: él, que había conocido cortes auténticas y había sido recibido por monarcas poderosos, no puede menos que ironizar acerca del carruaje imperial, con sus majestades imperiales y las princesas de sangre imperial escoltadas por la imperial guardia a caballo: cuatro alusiones imperiales en tres escasas líneas que ponen de manifiesto el irreflexivo desenfado e imprudente sentimiento republicano de Joel R. Poinsett. Visita al príncipe de la Unión, “el navarro” José Joaquín

18 Poinsett, *op. cit.*, p. 67.

Iturbide, padre del emperador, y se dispara el republicanismo de Poinsett: “es [el dicho príncipe] un venerable anciano de más de ochenta años de edad, sencillo en sus maneras y trato, y debe encontrar pesadísimos los honores que se le hacen. Al mismo tiempo fuimos presentados a su imperial grandeza, su hija, una cándida y buena clase de mujer, vestida con una bata de oscuro calicó rayado. Con dificultad pude reprimir una sonrisa cuando le di el tratamiento debido a su rango. Este pueblo no tiene idea de cuán ridícula se ve a los ojos de un republicano esta miserable representación de la realeza”.<sup>19</sup>

Juzgando a Iturbide por sus papeles públicos, Poinsett no piensa que sea un hombre de talento. Es, escribe, un hombre rápido en decisiones, intrépido y decidido, y poco escrupuloso en escoger los medios para llevar a cabo sus fines. “En una sociedad que no se destaca por una moralidad estricta, él se ha distinguido por su inmoralidad. Su usurpación de la autoridad principal ha sido la más deslumbrante e injustificable, y en el ejercicio del poder ha llegado a ser arbitrario y tiránico”.<sup>20</sup> Lo que más condena en el gobierno de Iturbide es que no estaba respaldado por la opinión pública, sino que se hallaba sopor-tado por la corrupción, la violencia y el soborno.

Los días del imperio estaban contados. En su viaje por el Bajío, en San Juan del Río, unos viajeros mexicanos declaran a Poinsett (subterfugio literario para disimular sus propias opiniones poniéndolas en boca de otros) que todo el territorio estaba agitado, que la efervescencia popular se manifestaba por doquier, que la disolución del congreso ordenada por Iturbide “había excitado la indignación universal y que se barruntaba una guerra civil. Alternativa temible; pero en mi opinión sería mejor gritar ‘al degüello sin dar ni pedir cuartel’, y permítase desatar los perros de la guerra antes que someterse a la tiranía y a la opresión”.<sup>21</sup>

Hay muchísimos más temas y tópicos sobre México y el pueblo cuyo análisis exhaustivo nos llevaría demasiado lejos de los límites críticos que con este viajero nos impusimos. La trama principal de las *Notas* reside, según hemos visto, en el irrefrenable antiiturbidismo de Poinsett y en su injerencia en los asuntos públicos del país, que lo llevarán, cuando llega a ser embajador, a su expulsión de México ante el clamor unido de los liberales, conservadores y

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 77

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 132.

moderados. Cuando se cayó en la cuenta de su malhadada manipulación política y masónica ya era tarde; el daño había sido ya hecho, si bien sirvió para desencantar a muchos de la irrestricta admiración que hasta entonces habían sentido por las instituciones políticas del hermano mayor republicano.

El 23 de diciembre de 1822, embarcado Poinsett y en espera de un viento favorable, recibió noticias de que la conspiración antiiturbidista iba tomando cuerpo (Echávvarri y Santa Anna, los actores principales). El primero de febrero del año siguiente el Plan de Casamata, mañosamente urdido, iba destruyendo las esperanzas políticas del irresoluto (cosa extraña en él) emperador.

El día 2 de marzo de 1823 desembarcaba uno de los primeros viajeros ingleses llegado a nuestro país, William Bullock,<sup>22</sup> enviado por los comerciantes e industriales británicos para sondear la realidad política y las posibilidades de invertir que ofrecía la recién independizada nación. Coincidió la presencia de Bullock en México con la del agente diplomático oficioso señor Mackie, hombre de gran experiencia y conocedor a fondo de nuestro país por haber vivido en él varios años, que llegaba de nuevo a Veracruz para pulsar la situación política, social y económica mexicanas con vista al reconocimiento diplomático inglés deseado ansiosamente por México.

El interés mexicanista de Bullock no sólo fue de carácter confidencial y económico sino también arqueológico, pues influido por la obra novohispana de Alejandro de Humboldt y, sobre todo, por la de Francisco Javier Clavijero relativa al México antiguo, se empeñó en demostrar, como portavoz entusiasta de este último, que así el prusiano Depauw como el escocés William Robertson habían errado al disminuir la importancia y grandeza de la cultura mexicana que tanto impresionó a los historiadores y cronistas de la conquista de México. Para probar su aserto él mismo visitó y estudió, de acuerdo con sus medios e informes librescos, las ruinas arqueológicas que tuvo más a su alcance, como las de Tetzco, Acutzingo, Huexotla, las pirámides de Teotihuacan, las tres famosas piedras (Calendario azteca, piedra de Tízoc y la Coatlicue) y el *teocalli* de Cholula.

También le impresionó el México de su época, su gente, la traza de las ciudades novohispanas y el carácter y aspecto múltiple del pueblo (criollos,

22 Hemos utilizado el original inglés de William Bullock, *Six months' residence and travels in Mexico*, Londres, John Murray, 1824. Hay edición reciente en español patrocinada por el Banco de México (1983).

mestizos, indios, negros y castas). Sus preferidos son los indios, pobres pero dignos, además de merecedores de mejor suerte; su disimulado desdén queda para los orgullosos criollos. En general los anglosajones visitantes (británicos y norteamericanos) nunca digirieron fácilmente, cuando menos en los primeros contactos, el indisimulado amor propio de los *Dones*; los vieron y los sintieron afectados e impermeables a los humos y complejos de superioridad que los viajeros despedían. Además, la untuosa y complicada etiqueta y cortesía los sacaban de sus casillas.

William Bullock fue además el primer europeo que llevó una exposición mexicana a Londres (1825); sería mejor escribir una doble exposición: México Antiguo y México Moderno; es decir el México arqueológico y el México republicano. Los londinenses pudieron admirar códices, piezas arqueológicas variadas y, sobre todo, reproducciones en yeso de la descomunal estatuaria azteca; pero asimismo pudieron maravillarse con ejemplares vivos y disecados del mundo animal mexicano; con minerales, plantas y frutos exóticos de nuestro trópico. En este enorme y escenificado titirimundi no podía faltar una gran vista del valle y ciudad de México dibujada por el hijo del viajero a escala mural, ni tampoco un jacal de tamaño natural, con todo y sus humildes utensilios, así como la presencia de un indio en persona que se llevó Bullock a Inglaterra para darle objetividad vital a su muestra: José Cayetano Ponce de León.

La traza de arcidriche de las ciudades que nosotros llamamos coloniales lo dejó muy sorprendido, así como las enormes casonas de la época virreinal, tan aristocráticas, lejanas y ajenas a lo que el anglosajón denomina *home*.

Aunque inglés y protestante, es uno (acaso el único) de los viajeros anglosajones que admira la arquitectura barroca novohispana y se solaza visitando iglesias y platicando con clérigos. Se muestra respetuoso ante el culto católico; le gusta presenciar procesiones, particularmente en los pueblos indígenas, y se asombra de las inmensas riquezas suntuarias acumuladas en los templos novohispanos. Ni siquiera las iglesias italianas podían competir, según él, en suntuosidad con las mexicanas. Por otra parte, la democracia social imperante en las iglesias o codeo entre las diversas clases sociales dentro de las mismas le impresionan favorablemente; pero no le seduce de la misma manera la tradicional familiaridad hispánica con que se tratan amos y criados.

Es partidario, y en ello va a coincidir con todos los viajeros de esta década, en que las aduanas deben rebajar sus tarifas o, mucho mejor, anularlas completamente para facilitar la inundación de los tejidos extranjeros; lo cual



significaba, y al cabo se consiguió, la ruina de la industria textil incipiente del México republicano. También conviene Bullock con sus paisanos en la necesidad de acabar con el monopolio comercial que todavía ejercían los comerciantes españoles, si bien ya un tanto precariamente. México debía ser exportador de materias primas e importador de los bienes elaborados por las potencias industriales de entonces.

Por último, William Bullock es un típico andariego romántico y, como tal, se evade de sí mismo mediante múltiples viajes, entre los cuales el que hizo a México, según nos parece, fue uno de los más importantes y decisivos en su vida. Fue característica de todo viajero romántico la admiración idealizada del paisaje, y los múltiples de México, tan variados y contrastantes entre sí, le dejaron embelesado. Responde Bullock, por consiguiente, a la inquieta moda del siglo, lo mismo cuando contempla el valle de México o los majestuosos volcanes, que cuando audaz y activamente intenta poner en explotación una mina o fundar y echar a andar una imposible utopía socialista en los Estados Unidos de Norteamérica.

El editor francés del libro escrito por un oficial de la marina real británica, el capitán Basil Hall, *Viaje a Chile, Perú y México durante los años 1820, 1821 y 1822*,<sup>23</sup> expone en su “Aviso” editorial que las tres ediciones agotadas en Inglaterra en el transcurso de un año atestiguan el interés del público británico por el libro a causa de la novedad de las materias tratadas y por el mérito de las observaciones del marino viajero. El que el libro de Hall se tradujese inmediatamente al francés prueba la atención competitiva que los franceses prestaban a la irrupción del comercio inglés en el mercado hispanoamericano, ya independiente, del Nuevo Mundo: “los ingleses han aparecido los primeros en el mercado [iberoamericano], todavía tenemos tal vez tiempo para presentarnos allí. Una industria rival y protegida por un sistema enérgico y sabio puede luchar contra ellos”, escribe el editor.

Como buen ciudadano de la Inglaterra expansivamente comercial, libre-cambista y opuesta a la Santa Alianza (interesada en oponerse al cambio), Basil Hall recoge todas las críticas criollas contra la España absolutista y condena el monopolio colonial del comercio ejercido por las autoridades españolas. Justifica la independencia porque el sistema despótico “prohibía el desarrollo de la agricultura, las artes, la industria y el comercio a los habitan-

23 La edición francesa es de Arthur Bertrand, 2 v., París, 1825.

tes de los países sojuzgados; se les prohibía expresamente, afirma contundente y convencido el crítico, dedicarse a la literatura y a las ciencias”.<sup>24</sup> El sistema administrativo no conocía de otro medio que el de degradar a toda la población americana. He aquí, pues, a lo que se reducía el esfuerzo de la codicia española.<sup>25</sup> Todavía más, recogiénolo de los labios de un criollo patriota, escribe B. Hall que el objetivo de las autoridades españolas había sido “desmoralizar y embrutecer a los habitantes de las colonias con la esperanza de tenerlos más seguros bajo el yugo”.<sup>26</sup> La queja era también de carácter económico: “España quería para ella sola y para los suyos explotar exclusivamente las riquezas del país; los americanos no tenían derecho a ningún reparto; el porvenir no guardaba nada para ellos; toda esperanza les estaba prohibida.”<sup>27</sup> El castigo de España había tardado; pero al fin “la decadencia y la ruina total que ella habla sufrido eran una terrible pero justa represalia por los ultrajes que había prodigado a las colonias.”<sup>28</sup>

El 8 de marzo de 1822 penetraba por la Boca Grande de la bahía de Acapulco la nave de Su Magestad Británica *The Conway*; la primera que por muchos años e incluso siglos fondeaba frente al fuerte de San Diego en son de paz y so pretexto de comercio. El gobernador les dio a los marinos una aparatosa bienvenida e invitó a Basil Hall a que marchara a la capital para entrevistarse con el emperador Iturbide. Desgraciadamente el capitán de la nave tenía que proseguir su viaje hasta San Blas, para embarcar medio millón de pesos de a ocho reales que los comerciantes del noroeste enviaban en pago de los géneros y productos ingleses ya recibidos o por recibir. Arribado al puerto de San Blas, B. Hall emprende su viaje hasta Tepic y se hace lenguas de las hermosísimas mujeres del lugar así como de los espléndidos y ricos vestidos que lucen. La cortesía mexicana, tan hispánicamente complicada y chinesca; el trato familiar “moderado y filantrópico” con los criados, tan lejos del frío tratamiento de los señores con sus sirvientes en Inglaterra; el estilo campechano de los tertulianos y comensales así como el uso abominable entre las señoras del cigarrito dejan atónito al marino in-

<sup>24</sup> *Ibidem.*, II, p. 273.

<sup>25</sup> *Ibidem.*

<sup>26</sup> *Ibidem.*, I, p. 92.

<sup>27</sup> *Ibidem.*, I, p. 277.

<sup>28</sup> *Ibidem.*, I, p. 278.

glés, porque de hecho en la Inglaterra previctoriana la etiqueta rígida campaba por sus respetos y sólo comenzaban ya a fumar en público las damas que no lo eran.

Encuentra un singular parentesco espiritual entre toda la gente de Hispanoamérica; percibe que hay diferencias físicas entre chilenos, peruanos y mexicanos; además, como él asienta, “el sonido de la guitarra resulta familiar a las orejas de los españoles y a las de sus descendientes americanos: parece ser que es un estimulante, un acompañamiento necesario en sus palabras”.<sup>29</sup> Ello está observado a nivel popular, folclórico; pero a una escala comparativa mayor, los señores hispánicos muestran una característica común. “Un Don (gentilhombre) es, como se sabe, el más altivo de los hombres con aquellos que le tratan con altanería o reserva: si se le trata con franqueza y sencillez, pero no con demasiada familiaridad sino al *modo corriente*, como ellos dicen, llega a ser franco y muestra la misma naturalidad que cualquier otra persona.”<sup>30</sup> El orgullo de casta, permítasenos expresarlo así, identificaba, como puede verse, a todos los hombres representativos del mundo hispánico.

En 1828 aparecía en Londres un libro en cuarto de 240 páginas titulado así: *A sketch of the customs and society of Mexico in a series of familiar letters: and journal of travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826*. Desde luego no vamos a abordar críticamente ahora tal obra; pero lo haremos más adelante en la segunda parte de la introducción al texto de Penny traducido y anotado por nosotros.

Presentamos ahora un breve extracto de nuestro ensayo titulado *Contumelia maledicti*, expresión ciceroniana de significado afrentoso y murmurante, que se refiere al viajero británico Mark Beaufoy, héroe del ejército inglés de Wellington y oficial licenciado de las guardias de Coldstream, presentes en Waterloo, quien juzgaba la profesión de las armas, “la de matar sin asesinar” como la más honorable y menos mercenaria para alcanzar rango y fortuna. Un hombre así tuvo que habérselas en el México de los años 1825, 1826 y 1827 con toda suerte de mercachifles, corredores y abogados de mala fe, que aprovechándose de su ardiente y ávido deseo de hacer una rápida fortuna le hicieron gastar sus ahorros en descabelladas empresas, según él mismo cuenta

29 *Ibidem*, II, p. 211.

30 *Ibidem*, II, p. 278.

en su *Ilustraciones mexicanas demostradas con hechos*, libro editado en Londres por Carpenter & Son en 1828.”<sup>31</sup>

Estas *Illustrations*, las más fementidas que jamás haya escrito un inglés sobre México, constituyen, podemos aventurarnos a decir, el puente de enlace entre las intencionadas falsedades de Thomas Gage y los tópicos denigrantes y antimexicanos de D. H. Lawrence. Nada ni nadie se salvan de las críticas enconadas de Beaufoy; si bien, justo es aclararlo, quedó impresionado por la belleza, la traza reticular y la suntuosidad de las casas y edificios públicos de la capital mexicana; pero una cosa era el marco y otra muy distinta la gente que lo habitaba, que lo afeaba, empobrecía y colmaba de desperdicios y ruinas. Sus enemigos fueron la causa que le incitó a venir a México, el Barón Hutnbug o Embaucador, cuyo *Ensayo político* novohispano fue la pieza literaria incitante, y la obra ya citada de William Bullock, cuya lectura asimismo provocó y levantó en el ánimo del ex milite las más rosadas esperanzas de éxito económico. Uno de los objetivos fundamentales de su libro será, por consiguiente, desenmascarar ante el público inglés a estos dos falaces engatusadores.

La educación, los hábitos higiénicos y la conducta en general de criollos y criollas eran a todas luces muy defectuosas; no existía tampoco entre ambos sexos una relación delicada y refinada como la que se estilaba, según él, en Inglaterra.

Es indudable que el lector que nos haya seguido hasta aquí se preguntará por los motivos que llevaron a Beaufoy a radiografiarnos tan despiadadamente. Los descalabros económicos experimentados, pudieron ser algunas de las causas; pero no creemos que sean ellas una explicación suficiente. Debemos profundizar en el problema para ver si podemos hallar las razones o, mejor, sinrazones del viajero; a saber, tenemos que encontrar lo que él consideraba el fundamento o las raíces del mal. ¿Qué es lo que provocaba la situación caótica que vivía México y qué era lo que impelía a Beaufoy a exhibirnos ante el público europeo como lo hizo, justo en un momento en que lo mexicano se había convertido en novedad, admiración y posibilidad de buenos negocios? ¿Qué fue lo que aguizgó al injusto censor para expresarse así? Él mismo va a ser bastante explícito en cierto momento y he aquí, en apretado resumen, su propia explicación:

<sup>31</sup> *Mexican illustrations founded upon facts*. La alusión a su actividad de matarife profesional honorable en la p. V. de su prólogo.

Habiendo de este modo tan franco expresado mi disgusto por el estado de la sociedad [mexicana], de su moralidad, integridad, educación y depravadas costumbres y maneras del pueblo, lo que me siento ahora obligado irresistiblemente a declarar es el resultado de todas mis reflexiones: que los mexicanos son lo que los españoles han hecho de ellos; que México no muestra otro signo de civilización salvo sus vicios [...] y que los españoles no han conferido a sus provincias americanas ni un solo beneficio.<sup>32</sup>

España era, por consiguiente, la causa del mal porque ella había guardado a la población mexicana en completa ignorancia y sistemáticamente se había opuesto (observe ahora el lector la repetida generalización de esta idea) al cultivo de las artes liberales en su colonia. México podría ser un paraíso si no hubiera sido sojuzgado, escribe Beaufoy, por la nación más degradada y holgazana de Europa: lo que demostraba diáfano que las causas de la miseria, de la ignorancia, de la superstición e indolencia en que el pueblo mexicano estaba sumido provenían de España.

Para México no había salvación inmediata porque la condena la llevaba en su sangre; el mal le roía por dentro: el cáncer hispánico. El rencor y desprecio de Beaufoy hacia todo lo español se traducirá en aversión hacia el mexicano, y tan profundo será este resentimiento que para evitar cualquier posible réplica no titubeará en afirmar lo siguiente: “que los mexicanos son dignos de lástima, pero lo españoles sólo merecen desprecio”.<sup>33</sup> La condenación radicaba y acaso todavía radica, según apuntamos, si es considerada ahora desde el punto de vista anglosajón y viajero, en el fondo histórico-racial y religioso hispánico que informaba el pensamiento y la acción del hombre mexicano.

Si como vimos en Basil Hall la filiación hispano-mexicana se realiza por la vía musical de la imprescindible guitarra, en Beaufoy la identificación se hace ahora por la criminal. Existe, pues, un indicio infalible para condenar a México: el uso corriente que hacían los mexicanos del arma blanca (cuchillo o machete) para dirimir sus pleitos, y la razón de ello resultaba obvia.

Dondequiera que los españoles han poseído dominios y su sangre se ha mezclado, el empleo del cuchillo, el asesinato y todos los vicios y todas las pe-

32 *Ibidem*, p. 275 y 281.

33 *Ibidem*, p. 281.



ores pasiones del espíritu humano han prevalecido de modo natural; por ejemplo en Nápoles, en Sicilia, en Bélgica, en Holanda y, por supuesto, en Hispanoamérica.<sup>34</sup>

Insistamos en lo dicho, México por causa de su nefanda herencia (así considerada casi unánimemente) es condenado por la mayor parte de la conciencia viajera anglosajona del siglo XIX. En términos generales los juicios están condicionados por la tradición, por la herencia histórica.

Los vituperios de Beaufoy no representan, por tanto, sino un eslabón más en la larga cadena del descrédito iniciado a partir del siglo XVI, cuando la modernidad inglesa comenzó dura e implacablemente a combatir el misonéismo español que quedó vencido y anatematizado legendaria y melanosamente.

El diario y correspondencia del joven viajero y diplomático norteamericano Edward Thornton Tayloe, secretario de Poinsett, publicados por C. Harvey Gardiner en edición de las prensas de la Universidad de Carolina del Norte (*México, 1823-1828*), en 1959, merecen ser situados, dada su importancia, al mismo nivel de las famosas *Notas* de Poinsett. El contenido del libro no arroja mayores novedades si lo comparamos con el de otras obras importantes de la serie viajera anglosajona; empero él ilustra mejor que cualquier otro el último o penúltimo acto de la ya indicada pugna anglo-hispánica (modernidad vs. antimodernidad) en su proyección regional o continental: oposición americana-mexicana. Los dos nuevos actores antagónicos tuvieron conciencia de la respectiva herencia cultural y política.

Tayloe, por nacimiento y tradición sureño, tenía cabal conciencia de su ubicación nacional, de sus orígenes y de los del contrario. Bajo la toga republicana que vestía México se le clareaba la anatematizada criatura hispánica, lo que justificara a sus ojos la animosidad previa. México era, en efecto, una república; pero una aristócrata república que ponía, pues, en ridículo la republicanidad tal como la vivía y sentía sobriamente el indignado aristarco republicano: de raíz heterodoxa protestante, de inspiración ilustrada, progresiva y liberal. El espectáculo del México católico y subgenéricamente republicano y despilfarrador le resultaba extraño y hasta insultante; un vivo y despreciable remanente o rezago del *ancien régime*.

El tema fundamental y el blanco de las críticas de Tayloe es el de la degradación de las instituciones republicanas en México. Para un espíritu como

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 270.

el suyo, entrenado en el rígido formalismo calvinista y en el republicanismo federalista y conservador, resultaban escandalosos los contrastes (políticos, sociales y económicos) que presentaba la nación. Con todo, él no era totalmente pesimista; a pesar de los defectos y errores observaba que las instituciones republicanas se habían consolidado, aunque estaban amenazadas por los enemigos externos (santalianzeros) e internos (españoles), Tayloe cree sinceramente, como su jefe Poinsett, que hay que liquidar radicalmente el pasado para poder levantar la nueva república de la degradación moral en que estaba hundida por causa de los españoles.<sup>35</sup> Se hacía, pues, urgentísima la expulsión de estos indeseables corruptores para que México pudiese vivir en paz y alcanzar la prosperidad. Él insiste una y otra vez en la necesidad compulsoria de tan saludable medida (p. 156, 161, 175, 178). Dicha catarsis económico-política acendraría el republicanismo mexicano porque vendría acompañado compensatoriamente del contacto más propio, más puro y productivo y regenerador con otros extranjeros, norteamericanos principalmente, máximos modelos de eticidad y éxito republicanos. Desterrados los males, la libertad republicana brillaría intensamente disipando tinieblas y desterrando para siempre los vicios; verbigracia la holganza, la beatería y fanatismo católicos; el juego, las peleas de gallo y la abominable costumbre del cigarrito entre las mujeres.<sup>36</sup>

Hace votos el joven diplomático para que Poinsett esté presente en el Congreso de Panamá (y en el de Tacubaya, que no se llevó a cabo) como representante de la Unión Americana; porque estimaba que nadie mejor que su jefe conocía los problemas hispanoamericanos y sabía sacar partido de los recelos políticos de las repúblicas indo-ibéricas: “Nuestros hermanos hispanoamericanos –escribe Tayloe con descaro– como son muy celosos de nosotros tienen que ser halagados para que así podamos hacer con ellos lo que nos plazca”.<sup>37</sup> Él pensaba que se podía sacar buen partido de la rivalidad establecida por entonces entre la Gran Colombia (Venezuela, Colombia y Ecuador) y México.

También se hace portavoz Tayloe de la competencia diplomática entre la representación inglesa y la norteamericana en la capital. A pesar de las “elec-

35 Página 69 de la obra de Edward Thornton Tayloe, *Mexico, 1825-1828*, ed. de C H. Gardiner, The University of North Carolina Press, 1959.

36 *Idem*.

37 *Ibidem*, p. 119.

trizantes alusiones” de Poinsett, que hablaba en nombre de la auténtica “soberanía del pueblo”, la mayor parte de la gente prestaba más atención a lo que decía Henry G. Ward, el ministro inglés, a pesar de que de su boca no salían sino alabanzas para su rey y señor. Estaba asimismo molesto porque pese a la ayuda que prestaba su jefe al progresivo mejoramiento del país mediante las ideas liberales que sustentaba y difundía, y gracias también al fuerte apoyo brindado a la masonería mexicana,<sup>38</sup> a la mera hora de la gratitud se aplaudía a la Gran Bretaña y se olvidaban de los Estados Unidos.

La decidida inclinación de Alamán, Tornel, Esteva y Camacho por Inglaterra provoca en Tayloe amargas críticas; por ello truena contra éstos y contra el inmoral cuerpo administrativo del país. Según el joven diplomático sólo existía la posibilidad y simpatía que pudiera proporcionarles el general Vicente Guerrero, “hombre astuto y de sano juicio” que merecía todos los plácemes “a pesar de su sangre africana” y de su “escasa instrucción”.<sup>39</sup> El 18 de abril de 1827 escribe Tayloe a su hermano Benjamin y le pronostica que en las próximas elecciones mexicanas ocuparía la presidencia el general: ¡Y no se equivocó, efectivamente, el inteligente reformador!

Hay muchos más temas que no podemos glosar aquí; pero terminaremos el examen del *Diario* de Tayloe refiriéndonos una vez más a la indignación que sinceramente experimenta al observar el rumbo torcido y peligroso del país: “¡O tempora, o mores! ¿Podrá acaso –continúa Tayloe– subsistir una república sin virtud? Montesquieu dice que no. ¿Cuál será por tanto el destino de México?”.

Según nos confiesa el teniente inglés R.W.H. Hardy en su libro *Viajes por el interior de México en [los años] 1825, 1826 y 1827*, publicado en Londres en 1828, el objeto de su viaje fue estrictamente comercial como representante de una de las tantas efímeras compañías londinenses interesadas en la explotación de los criaderos de ostras perleras, de los bancos de coral y de las minas.

Llegado a la ciudad de México se puso en contacto con la sociedad mexicana más empingorotada, y se relacionó asimismo, según lo afirma, con todos los prohombres republicanos del momento: don Guadalupe Victoria, Alamán, Ramos Arizpe, Pedraza, la Llave, Espinosa, etcétera. Asiste a los bailes que a porfía organizan las dos embajadas rivales (inglesa y norteamericana) que

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 89. Véanse también p. 72, 152, 154 y 158.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 156-159.

resultaban deliciosos remedos de los famosos cotillones del Congreso de Viena. Ambos representantes (Ward y Poinsett) hacían lo posible y lo imposible por atraerse simpatizantes, y Hardy va de fiesta en fiesta orejeando y, casi estamos seguros, deslizado interesadas informaciones.

Obtenidos los permisos correspondientes emprende la marcha acompañado por un hiperbólico andaluz. El viaje es larguísimo, digno del padre Kino, alucinante y pesado; en barco, a caballo, sobre mula y en compañía de los eficaces e imprescindibles arrieros. Salen de México y van a parar a Guaymas, pasando por Valladolid (Morelia), Guadalajara, Tepic, Acaponeta, Escuinapa, Real del Rosario y Mazatlán. En este punto visita a su viejo amigo, señor Short, que se había casado con una rica heredera, la hija del célebre y riquísimo minero Iriarte, dueño de la mina de Cosalá. Conoce al comandante del Resguardo, señor Santoyo, famoso por haber sido fusilado tres veces durante la guerra de Independencia, sin éxito, según podía comprobarse, para sus enemigos. Le presentan también a un tal Redondo, agrimensor de profesión, pero que, según Hardy, nada sabía de este arte. En Mazatlán se pone en contacto con el armador Fletes y con el capitán Wyley y zarpan para Guaymas a donde arriban el 6 de febrero de 1827. En Guaymas comenzó a operar dos campanas de buceo que, vía El Cabo de Hornos, le habían sido enviadas; pero el trabajo de las campanas fracasó, pues después de seis semanas de trabajo sólo se consiguió una perla dañada.

Ya en Guaymas traba amistad con dos paisanos más, los señores Spencer y Johnson, ambos casados con bellísimas sonorenses, y para apreciar esto no le faltaba buen gusto al galante teniente Hardy. En Cieneguillas encuentra al señor Escobosa, administrador por entonces del puerto de Guaymas, y continúa su viaje hasta Pitic (hoy Hermosillo), plaza a la que nos describe como de gran importancia económica pues a ella arribaban procedentes de Guaymas mercaderías de la China, de las Indias Orientales y de Nuevo México. Vivía en esta ciudad un rico comerciante italiano, el señor Monteverde, del cual recibe Hardy las primeras noticias sobre un fabuloso tesoro descubierto por un fraile, que era además inventor de una campana de buzo para extraer cómodamente ostras perleras.

Hardy brinca con singular desparpajo y hasta gracia de un tema a otro: la viuda de un paisano suyo, el señor Gaul, le deja tan maravillado por su increíble belleza, que le dedica más de una página de su libro a describir la perfección venusina de aquella hermosa mexicana; en Pitic es testigo del asesinato

de un joven guatemalteco a manos de un tío y sobrino celosos, a la manera calderoniana, de un familiar femenino. La ciudad, nos cuenta Hardy, se dividió en dos bandos: uno a favor de la víctima (partidarios del castigo para los asesinos) y otro a favor de los victimarios (partidarios del perdón). Al fin de cuentas los del grupo segundo lograron por la violencia la libertad de los homicidas que pudieron huir al monte. El hecho le permite a Hardy meditar y aun filosofar sobre el carácter del mexicano, el cual puede súbitamente pasar de la apatía a la acción sin reflexionar; “beneficio éste último que le ha conferido la Independencia y del cual usan del modo más licencioso”, porque en México, prosigue Hardy, “una cosa puede ser *moralmente* correcta y *políticamente* mala, y como los dogmas políticos resultan en su mayor parte ininteligibles, usualmente son adoptados por causa de una singular perversión de buen sentimiento”.<sup>40</sup> “La emoción del momento –continúa el inteligente observador– es más que suficiente para tomar partido, ya por el lado bueno o por el malo; y la dirección incluso de sus pensamientos se deja a los jefes de cada facción, y digo facción porque es el término más propio aplicable en México a lo que en otros países puede denominarse partido”.<sup>41</sup> Las observaciones psicológicas y políticas de Hardy deben ser motivo de meditación; lo que todavía hoy nos hace empavorecer es que a más de siglo y medio en el tiempo, las reflexiones críticas de Hardy siguen, según parece, siendo vigentes.

Hardy se desplazaba atraído por los negocios mineros y por ello no hay mina importante de oro y plata que no investigue por dondequiera que pasa; es más, su itinerario depende en grado sumo de este interés (Baviácora, Nacozari, Oposura, Onavas, etcétera). En camino de regreso se detiene en Álamos, que le impresiona por su limpieza, pero los habitantes le parecen fríos y altaneros, engreídos por sus riquezas. Sin embargo, asiste a un baile y se hace presente en una típica tertulia en donde conoce al gobernador de Sonora, don Simón Elías, al diputado Manuel Estrella y al señor Verdugo. Se presenta también en una sesión de la legislatura estatal y no entiende el porqué de la discusión entre los diputados por suspicacias limítrofes entre la Alta Sonora y Sinaloa. Los representantes, critica Hardy, en lugar de dedicarse celosamente a fomentar la felicidad de sus ciudadanos, lo que hacen es desentenderse de

40 Páginas 33-34 del libro de R. W. H. Hardy, *Travels in the interior of Mexico in 1825-1828*, 2v., Londres, 1828.

41 *Ibidem*, p. 35.

sus obligaciones. Lo atribuye a la falta de cultura de los legisladores y a la manera como eran elegidos, pues se prefería en ellos las habilidades oratorias a las virtudes ciudadanas; es decir, se elegía el sonido en lugar del sentido.<sup>42</sup>

Hardy se siente obligado, como buen protestante liberal, a criticar las misiones y misioneros de indios porque los evangelizadores son para él instrumentos de explotación y focos de inmoralidad. Según el viajero en la misión de Mulegé los padres vivían con las mujeres y exigían además 150 pesos a cada pareja de indios para casarlos. La crítica es vulgar; pero ella trasunta el ambiente reformista tan caro a los liberales y que estaba orientado, a corto o largo plazo, a la secularización de las misiones y a la disolución de las tierras de comunidad.

El tema de la Independencia es otro de los tópicos favoritos del teniente viajero; mas se acerca a él con aire mordaz y actitud irónica y hasta festiva. Pregunta a un rancharo sobre los beneficios que éste ha recibido de la revolución de Independencia y la respuesta nos trae a la memoria el diálogo de las monedas en *El chitón de las maravillas* de Quevedo: que el único beneficio que él había logrado consistía en que antiguamente pagaba tres reales de impuesto por ciertos artículos y ahora abonaba por los mismos cuatro.<sup>43</sup>

También persigue Hardy con su libro desacreditar a Humboldt y desilusionar a los europeos en cuanto a las posibilidades de inversión, de aquí su informe sobre la industria y el comercio mexicanos. Sus principios y teorías económicas librecambistas –en esto no hay viajero que discrepe– le hacen criticar el sistema proteccionista impuesto por el gobierno para favorecer el desarrollo de la industria nacional, y deduce agoraramente para la República un panorama sombrío por lo que tocaba a la futura economía. No se equivocó en el catastrofismo económico, pero no por causa de la política proteccionista, sino por la contraria: el *laissez faire* tan caro a los liberales librecambistas. El teniente Hardy obtuvo cierta notoriedad en la capital mexicana por sus correrías por el norte; por abril de 1827 aún no había regresado de su viaje y se decía que se hallaba vagando entre las tribus salvajes de la Pimería Alta e investigando los tesoros minerales de dicho territorio, los cuales se estimaba eran muy grandes. Tiene un párrafo especial en el que da a conocer la penetración del comercio yanqui en el noroeste por una ruta que partiendo del

42 *Ibidem*, p. 42.

43 *Ibidem*, p. 44.



Missouri irrumpía por la frontera del norte y seguía por Chihuahua y alcanzaba también Sonora. Los norteamericanos, en grupos de sesenta o setenta hombres, atravesaban praderas y desiertos sin temor a los indios bravos y venían a trocar especialmente su lencería por las buenas mulas que se criaban en el norte; las adquirían a un costo de siete dólares y las vendían después en los Estados Unidos a setenta.

Basta añadir que este viaje por tierra lo finalizó a través de los estados de Chihuahua, Durango, Zacatecas, Guanajuato y Querétaro hasta llegar a México. Tras un bien ganado descanso en la capital, Hardy partió rumbo a Veracruz para embarcarse y regresar a Inglaterra.

El encargado de negocios de Su Majestad Británica en México durante los años de 1825, 1826 y parte de 1827, el caballero H. G. Ward, publicó en Londres, editado por Henry Colburn, un libro, *México en 1827*,<sup>44</sup> resultado de su experiencia diplomática y viajera por nuestro país, y que es, sin duda, el más interesante y ecuánime dentro de la literatura viajera anglosajona; pero no sólo la relativa a la década de los veinte del siglo pasado, sino también la correspondiente a las décadas restantes de la centuria decimonónica. Ward desea desde las primeras líneas del prefacio establecer el justo medio por lo que tocaba al paraíso inversionista mexicano, que hizo furor en Inglaterra a partir de la aparición en inglés del *Ensayo* de Humboldt (que las compañías mineras utilizaron como arma de propaganda y atractivo cebo para la caza de inversionistas y asimismo respaldo para enganchadores poco escrupulosos) entre los entusiastas del primer momento y los desilusionados y engañados posteriores. Los nuevos datos que proporciona Ward así como las rectificaciones a muchos de los proporcionados por Humboldt, a lo que hay que sumar los testimonios históricos y los análisis políticos, sociales y económicos de la década de los años veinte, hacen del libro una riquísima fuente de información para ese periodo. Lo que extraña y, más que esto, lo que resulta incomprensible es, por una parte, el poco uso que los historiadores, sociólogos y economistas de ayer y hoy han hecho de esta rica cantera de información; por la otra, que se haya tardado tanto en darlo a conocer en español. Incluso la editorial Fondo de Cultura Económica, que es la que recientemente lo ha publicado (1982), se tardó ¡doce años! en darlo a la luz, caso que sé de muy buena tinta puesto que el ingeniero Haas terminó la traducción

44 Véase nota 4.

en 1969 y la señorita (hoy señora) Maty Finkelman de Sommer, alumna de mi seminario en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, entregó asimismo su Estudio Preliminar en 1970. De hecho la obra merecía y debería haber sido traducida después de su aparición en Londres; pero suponemos que los intereses políticos de los *yorkinos*, los *novi homines* de la revolución, según Ward, apadrinados y estimulados por Poinsett y su secretario Tayloe, ejercieron tal influencia en el México de entonces, que la traducción, que tan útil hubiera sido, no se intentó. Por otra parte, pese a la protección de los *escoceses*, los españoles, dueños de la mayor parte del capital circulante y del invertido en negocios, comenzaron a liquidar sus empresas y a retirar sus capitales (cifra calculada entre 80 y 140 millones de pesos), y a abandonar México, disminuyendo así los recursos del país y retrasando, por consiguiente, el progreso de la República.

Si el lector mexicano hoy en día cree que tiene la versión completa del libro de Ward está en un error, porque no sabemos a qué ha obedecido el cercenar de tan importante obra una serie de apéndices incluidos por Ward como son, por ejemplo, tres representaciones mexicanas de 1809, 1811 y 1813 respectivamente, amén de una carta confidencial del general Calleja y el Plan de Iguala. Tal documentación pudiéramos excusarla con la mejor buena fe del mundo; pero no podemos admitirla pues pensamos que debemos ser intelectualmente honestos y entregar al lector la información fiel y total de una obra aunque ciertas partes de la misma la consideremos obsoletas o conocidas.

Los dos diplomáticos Ward y Poinsett sostuvieron en nuestro país lo que en términos de nuestro tiempo denominamos una guerra fría. En México los autores que han estudiado o han aludido al asunto son el ya citado Gaxiola; Eduardo E. de los Ríos, en su prólogo a la edición de las *Notas sobre México* de J. R. Poinsett, Maty Finkelman de Sommer, asimismo ya citada, en su estudio preliminar a la edición del libro de H. G. Ward y también Fuentes Mares, con gran agudeza e información documental. Por lo que respecta a los historiadores norteamericanos, fue J. Fred Rippy el que caracterizó esta rivalidad anglo-estadunidense como la pugna, respectivamente, entre los ideales de libertad democracia y libertad de comercio, frente al intento de monopolización comercial inglesa. Inspirado en Rippy, un comentarista moderno, John E. Dougherty, ha caracterizado esta rivalidad como la manzana de la discordia (México) entre la potencia europea en pleno cenit comercial e industrial, la Gran Bretaña, y la federación americana que iniciaba su ascenso imperial y

que ansiaba no sólo igualar sino sobrepasar el ascendiente alcanzado primero en la Nueva España y poco después en México por los caballeros de la City, orientados por la línea oficial dictada por Downing Street. Sin embargo, como escribe la historiadora E. Guadalupe Jiménez Codinach “la geografía, la política vacilante inglesa, la fuerza creciente de los Estados Unidos y la desconfianza ancestral novohispana frustraron tempranamente la influencia británica en México”.<sup>45</sup>

Poinsett manejó hábilmente estas circunstancias y, sobre todo, buscó el apoyo de los ultrafederalistas o demócratas, hombres políticamente apasionados y enemigos de todo lo español, a los que logró unificar en el verano de 1825 en la conocida secta de los yorkinos, a los que el propio embajador entregó diplomas e insignias que vinculaban a esta secta masónica con los caballeros de Wall Street. Ward, hombre moderado, tolerante, incluso accedió al bautizo bajo el rito católico de su hija menor, que fue apadrinada por el conde y la condesa de Regla y ceremoniosamente lustrada por don Pablo de la Llave, ministro de Asuntos Eclesiásticos, buscó apoyo en los masones de la secta escocesa, que, según él, podían compararse con los federalistas de los Estados Unidos, propietarios y latifundistas de ideas aristocratizantes y monarquistas. Tanto Washington como Adams fueron federalistas que con habilidad y mano firme unificadora llevaron la nave del Estado por el proceloso mar de las ambiciones desatadas, amansándolas y domesticándolas a beneficio de la nación; en México escribía Ward, “las personas más moderadas y mejor intencionadas del país pueden hallarse entre los escoceses, cuyos intereses representó a la Presidencia en 1824 el general Bravo”,<sup>46</sup> hombre moderado y patriota; el Washington, pensó sin duda el diplomático inglés, que México necesitaba; pero Bravo fue derrotado por Guadalupe Victoria y se frustraron las esperanzas del partido escocés, el cual tuvo que conformarse con la Vicepresidencia y ceder ante el símbolo arrollador y apasionado de la insurgencia representada por Victoria. Ward no cayó en la cuenta que el efímero imperio iturbidista había cancelado la posibilidad de una república gobernada por los grandes señores (laicos y eclesiásticos) dueños de ranchos y haciendas.

45 Guadalupe Jiménez Cadinach, “Las etapas económico-políticas inglesas en relación con la Independencia de México”, en *Anuario de Historia*, México, UNAM, año X, 1978-1979, 1979, p. 165.

46 Ward, *op. cit.*, p. 720.

Transcurrido el cuatrienio victoriano el candidato de Ward seguía siendo Bravo, pues ninguno después de Victoria destacaba más que él; pero no fue Bravo sino el general Guerrero (recuérdese ahora la caracterización que de éste hace confidencialmente Tayloe, el secretario de Poinsett) el postulado por los liberales puros, los nuevos hombres revolucionarios y pequeño-burgueses, el triunfador. Ward supo de antemano, al igual que Poinsett, quién sería el ganador en las elecciones, por las buenas o por las malas, máxime que el candidato representativo de las clases privilegiadas era una figura bastante opaca, el general Manuel Gómez Pedraza. Éste, como es sabido, obtuvo el triunfo; pero no le fue reconocido por el Congreso ante la oposición militar de Santa Anna y la de Lorenzo de Zavala, líder de la *Protesta popular revolucionaria*. Lo que temía Ward se había producido, las pasiones políticas se habían desatado y las repercusiones económicas resultaban catastróficas. “A pesar de su corta duración –escribe Ward– la reciente contienda ha hecho ya incalculable daño y ha destruido la buena reputación que México estaba empezando a adquirir en Europa, debido a la fidelidad con que al principio cumplía sus compromisos con los inversionistas extranjeros”.<sup>47</sup>

Conviene insistir en que el interés primordial de Ward fue el poner al descubierto ante el inversionista inglés las posibilidades que ofrecía la explotación minera mexicana; las posibilidades reales, por cuanto la descripción de Humboldt de 1803 ya no servía tras haber sufrido el país en general y en particular la minería, la devastación producida por casi un cuarto de siglo de una guerra civil políticamente victoriosa, pero económicamente ruinosa. Desea Ward restablecer la confianza de los inversionistas y hacerles ver que las grandes empresas inglesas ya establecidas estaban en su mayoría dirigidas hábil y honestamente, y que sus grandes inversiones guardaban proporción con la magnitud del riesgo. Si Humboldt fue el guía de Ward por lo que toca a la cuestión minera, don Carlos María Bustamante y el padre Mier fueron la luz para las cuestiones históricas, y el *Español* de Blanco White lo fue para orientarlo en los problemas políticos y sociales. No sólo –escribe Ward– reunió éste la más curiosa colección de papeles de Estado existentes hoy día sobre el período independiente, “sino también un cúmulo de reflexiones sobre asuntos americanos, tan moderadas, tan juiciosas y tan admirablemente adaptadas a las circunstancias de la época, que si sus consejos hubiesen sido escuchados

47 *Ibidem*, p. 722.

por las partes en contienda, podrían haberse evitado no pocas de las calamidades que desde entonces han caído sobre ella”.<sup>48</sup>

Con agudeza Ward vio la estrecha relación económica existente entre la agricultura y la minería; una dependencia tan absoluta que la decadencia en la minería se debía en buena parte a la ruina agrícola provocada por la guerra; así como esta ruina agrícola encarecía o paralizaba la explotación minera. Un gran incremento en el precio del maíz afectaba no menos los intereses mineros que un aumento en el del mercurio: la prosperidad agrícola dependía en gran medida de la prosperidad de las minas.<sup>49</sup> El papel económico de México es el de ser un proveedor de materias primas para su elaboración en el extranjero; un exportador de plata y productos agrícolas tropicales: café, azúcar, cacao, añil, algodón, etcétera. “Durante la centuria presente [decimonónica] el país no podrá llegar a ser una nación manufacturera y, probablemente, no lo intentará. Sus minas y su agricultura serán suficientes, contando únicamente con industria común, para gozar de todas las ventajas de las artes trasatlánticas y llevar a su propia puerta los lujos de la civilización más avanzada”.<sup>50</sup> La primera potencia industrial del mundo por aquel entonces nos asignaba un papel económico ancilar y nos programaba un futuro tan absolutamente monopolista y colonialista semejante o peor que el que acabábamos hacía poco de romper. México quedaba así colocado “casi en el primer lugar entre las naciones consumidoras, y su progreso en tal sentido hacia el sitio que está destinado a ocupar entre las grandes comunidades del mundo debería ser objeto del más profundo interés para todos. México sin sus minas (nunca lo repetiré demasiado), a pesar de la fertilidad de su suelo y de la vasta cantidad de sus producciones agrícolas anteriores, jamás podrá llegar a ningún nivel de importancia en la escala de las naciones”.<sup>51</sup> En cuatro meses los tejidos europeos, fundamentalmente los ingleses habían arruinado, como en la India, los telares familiares, al amparo de unas tarifas bajísimas, competitivas, que nuestros ingenuos liberales se empeñaron en rebajar de acuerdo con su teoría económica librecambista. Los veinte mil léperos semidesnudos, según lo cuenta Ward, habían desaparecido casi totalmente del centro de la capital; “el traje ha llegado a ser tan común que nadie aparece ya sin él”. Gracias a Inglaterra, po-

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 21-22.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 403.

demos presumir; pero lo que no sabía Ward es que esta masa desheredada y harapienta iba siendo lentamente arrojada a los arrabales y *ghettos* ciudadanos debido al cambio político que paso a pasito transformaba la ciudad aristocrática y paternalista en una capital burguesa y ferozmente individualista.

Vista desde otro ángulo, la presencia inglesa en México había aportado un benéfico impulso moral; hacia 1827 se registró según el crítico Ward, un cambio magnífico, así en el atuendo femenino como en ciertos usos y costumbres: el cigarrito había sido desterrado de todos los lugares de pública reunión e inclusive iba desapareciendo su uso en privado. Los vestidos chillones, a la guacamaya, y la moda mexicana fueron sustituidos por trajes de colores más discretos y diseñados de acuerdo con la moda europea. Corsés y guantes brillaban aún por su ausencia, con escándalo de Ward y su señora. Sin embargo, aún quedaban algunos resabios de la antigua *franqueza* a la española, que permitía ciertas licencias habituales en el sexo femenino que resultaban indelicadas y “repugnantes” al carácter de los hombres nórdicos, por causa de alusiones a ciertos temas “que entre nosotros –escribe Ward– estarían proscritos”.<sup>52</sup>

Los criollos muestran la falta de su nula o poca instrucción y la falla no estriba tanto en ellos sino en el recelo del gobierno español; porque España, denuncia Ward, sentía que su poder en Nueva España dependía en gran medida de la ignorancia de los criollos. La política imperial española trabajaba en contra de los intereses criollos y procuraba para éstos una educación e instrucción en extremo deficientes; sin embargo, podemos objetar, las filas insurgentes e independientes se nutrieron con esta elite *mal preparada*, según él, que fue la que logró el rompimiento con España y la consolidación del fugaz imperio y de la república posterior. Verdad inconcusa es que los principios de gobierno republicano no fueron bien apreciados ni, por lo general, bien comprendidos; su arraigo no estaba fundado “en la difusión general de conocimientos ni en el patriotismo teórico”, sino en “las pasiones e intereses de las clases más influyentes de los habitantes. Para la masa del pueblo todas las formas de gobierno son indiferentes”; mas para los propietarios de bienes raíces, comerciantes, militares, abogados y clero parroquial no era así y “las consideraciones de progreso local y personal han creado un sentimiento decidido en favor del sistema federal”.<sup>53</sup>

52 *Ibidem*, p. 717.

53 *Ibidem*, p. 718.



Era difícil concebir un país menos preparado que México, en 1824, para la transición del despotismo a la democracia; pero los criollos habían demostrado que a pesar de la dificultad salían del atolladero gracias a su sagacidad y habilidad naturales.<sup>54</sup> Por otro lado, existía una masa mestiza o clase media formada por licenciados, curas y clerecía parroquial, artesanos, soldados y pequeños propietarios de tierras que era consciente de sus orígenes, no rechazaba su conexión racial con los aborígenes ni negaba ni estimaba ya desventajosa la mezcla, que se alió con perspicacia a la causa emancipadora criolla. El hecho es que la “necesidad de los mestizos de identificarse a sí mismos con los indígenas, sin importar lo absurdo del argumento, ha dado buenos resultados prácticos”. Y prueba el hecho Ward aludiendo a varios de los personajes más distinguidos de la causa emancipadora, procedentes de la clase mestiza. Rescatado así el país de la degradación política y racial, hay que suponer, profetiza Ward, que de aquí en adelante “muchos de los miembros más valiosos de la comunidad procederán precisamente de las clases que antes estaban excluidas de cualquier participación en la dirección de los asuntos de su país”:<sup>55</sup> que fue efectivamente lo que aconteció.

Por último y pasando a otro problema, Ward nos advierte del peligro de la inmigración norteamericana en la lejana provincia de Texas. Este “imprudente fomento de la inmigración en grande escala hará que el gobierno mexicano conserve muy poca autoridad sobre los nuevos colonos establecidos masivamente en varias partes de Texas”. En caso de guerra entre México y Estados Unidos, el gobierno mexicano “encontrará en sus nuevos súbditos aliados muy dudosos”.<sup>56</sup>

Los hábitos, sentimientos, religión e idioma tienen que ser americanos; por consiguiente “a la larga la incorporación de Texas a los estados angloamericanos puede considerarse como un hecho de manera alguna improbable, a menos que el gobierno mexicano logre frenar la ola de inmigrantes y pueda interponer una numerosa población de diferente carácter, entre las dos partes cuya tendencia natural siempre será combinarse en una sola”.<sup>57</sup>

Por supuesto la advertencia y buena voluntad de Ward no son gratuitas ni desinteresadas, porque él, buen inglés, no está de acuerdo en que la línea

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 713-718.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 44, 46.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 644.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 645.

costera de los Estados Unidos se extiende hasta el Río Bravo del Norte, porque esto les proporcionaría “cerrar a voluntad todas las comunicaciones entre la Nueva España y cualquier potencia europea con la que puedan estar por sí mismos en desacuerdo”.<sup>58</sup> Ward termina su libro con dos consejos: en primer lugar, que ninguna constitución, ni incluso venida del cielo, podrá de inmediato desarraigar los vicios engendrados por tres siglos de sumisión; en segundo lugar, que México necesitaba tranquilidad interna para poder llegar a la madurez.<sup>59</sup> Y esto fue precisamente lo que más nos falló a todo lo largo del siglo XIX: unas veces por intromisiones y agresiones del exterior; otras por intransigencias internas.

El capitán George Frances Lyon, codirector con otro militar, el capitán Vetch, de la Compañía Minera de Bolaños, con minas en Jalisco y Zacatecas, fue uno de los tantos soldados y marinos licenciados de la victoriosa Inglaterra, que tras la derrota de Napoleón se extendieron por todo el ámbito hispanoamericano en busca de fortuna o aventuras, ya ingresando en las filas independentistas o dedicándose a diversos negocios, entre ellos y principalmente el minero. Como le ocurrió a Beaufoy, se sintió incomodísimo en México, molesto con casi todo. En 1826 emprendió una visita de inspección a los distritos mineros que estaban a su cargo y de acuerdo con la costumbre de la época fue anotando sus impresiones, lo que unido a las que había escrito respecto a sus circunstancias residenciales en México le permitieron dar a la imprenta su *Diario de residencia y viaje por el interior de la República Mexicana en 1826, con algunas relaciones sobre las minas de esa nación*, que fue publicado en Londres (1828) por el editor John Murray.

Fueron ocho meses los que permaneció en México y ellos le parecieron suficientes para dar al público inglés, ansioso por saber de nuestro país, una “fiel narración” de lo que vio; una bella (*fair*) representación, lo escribe con ironía, respecto al pueblo y al aspecto general de esa porción del Nuevo Mundo.

El primer personaje importante con el que se topa al desembarcar en Tampico es con el gobernador militar de la plaza y he aquí el aguafuerte crítico de la descripción; “El general, entre tanto, paseaba entre la turba luciendo un gran sombrero con galón de oro y plumas negras de avestruz. Llevaba en su

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 646.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 724.

mano un vaso de aguardiente que ofrecía a todos sus conocidos, y a los que obsequiaba también, de vez en cuando, los puros que habla comprado en un estanquillo”.<sup>60</sup> Sin embargo, existen para Lyon otros tipos humanos que le merecen admiración: rancheros, vaqueros y arrieros. Raza de hombres hermosos, activos, atléticos y honrados cuya única falla era su incultura, debido esto al cruel estado de ignorancia en el cual la política de España había tenido sometidos a todos sus súbditos trasatlánticos. Los tres son de raza mezclada de criollos e indios; gente brava, buena, viva, de buen temple y no preocupada en nada que esté más allá de sus ocupaciones habituales. Refiriéndose estrictamente a los rancheros, los compara a los “yeomen” ingleses; unos y otros agradable pintura de felicidad y salud, de robustez, actividad y agilidad. Pero, como Lyon expresa, sus favoritos son los arrieros y muleros que no tienen para causa de la proverbial honestidad que muestran en su oficio: “miles e incluso millones de pesos se les confían frecuentemente, los cuales en más de una ocasión han defendido, con riesgo de sus vidas, contra los bandidos que el gobierno local no ha tenido éxito en dispersar”.<sup>61</sup>

“Los indios constituyen una dulce, sufrida y despreciada raza que con cuidado y protección es apta para recibir las mejores impresiones [...]. Su intelecto nunca ha sido hasta ahora estimulado lealmente, pero puede esperarse de ellos una gran docilidad para sus instructores”.<sup>62</sup> En Zacatecas asistió Lyon a una función de teatro en la que los espectadores eran en su mayor parte indios y castas descamisadas; pero que “habrían dado una lección de tranquilidad y buen comportamiento a los auditorios de Londres, pese a lo mucho que nos enorgullecemos de nuestro superior decoro y cortesía. Nunca vi ciertamente una tan gran concurrencia más perfectamente bien educada, silenciosa y jovial”.<sup>63</sup> En Guadalajara también el viajero va al teatro y le impresiona a tal punto el silencio y el comportamiento de las clases populares que casi se imaginó estar en un teatro inglés, salvo por la espesa nube de humo de los cigarrillos que hombres y mujeres fumaban durante los entreactos.

<sup>60</sup> Página 29 de la edición inglesa del libro de G. F. Lyon, *Journal of a residence and tour in the republic of Mexico, in the year 1826, with some accounts of the mines in that country*, Londres, 1828.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 237.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 238.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 292.

Con los criollos, descendientes de españoles, simpatiza mucho menos: “Son éstos las más eminentes personas del país y con excepción de los dedicados al comercio constituyen una altanera raza indolente, despótica e ignorante, que a consecuencia de la bárbara política de España experimenta el más profundo desprecio por los pobres indios y, de hecho, por todos aquellos que no son de su propia esfera. Ellos son, con algunas brillantes y hábiles excepciones (las cuales, si tal cosa fuese apropiada, podría enumerar con el mayor placer) la gente menos estimable del país, aunque por el influjo de los extranjeros y las relaciones con el viejo mundo, hay razones para esperar una mejora material”.<sup>64</sup>

Según Lyon, el mundo criollo comenzaba a asumir su lugar apropiado en la sociedad. “El descuido en la limpieza personal y el vicio de fumar así como el de jugar y apostar pronto desaparecerán, y con un poco de humildad (porque hay pocos pueblos en el mundo que tengan de sí mismos tan buena opinión como éste), la gente bien mexicana del presente día podrá rápidamente tomar precedencia intelectual sobre sus ancestros”.<sup>65</sup>

Al capitán George Frances Lyon le saca de sus casillas el culto católico pues le parece idolátrico, herético. Sin embargo, esto no le privó de visitar a frailes y monjas e incluso alabar la personalidad del reverendo padre fray Juan Rosillo de Mier Cuauhtemoczin, franciscano, dueño de una hacienda, capellán que fue de Iturbide y autor de varios escritos: *Manifiesto sobre la inutilidad de los provinciales de las religiones en América y explicación campesina sobre la cría y manejo de los caballos*. Fue además, según Lyon, autodidacta, hombre bien leído, digno e inteligente.

Le asombran y, por consiguiente, critica las riquezas acumuladas en las iglesias y catedrales mexicanas, que contrastan con la pobreza física de las clases populares. El oro y la plata atesorados chocan con su concepción protestante, capitalista y moderna, puesto que la riqueza estancada, suntuaria, no contribuye para nada a la prosperidad de las naciones.

Lyon, descendiente de judío, oficial de la Marina Real Inglesa (RN), cosa rarísima, que era además miembro de la Sociedad Real (FRS), conoció en San Luis Potosí al arquitecto Tresguerras que estaba construyendo el Teatro Alarcón. Critica la práctica de los celosos potosinos (padres y maridos) de enclaus-

64 *Ibidem*, p. 232.

65 *Idem*.

trar a las mujeres díscolas y rebeldes en un gran edificio público. Adjunto a éste se hallaba la iglesia, que era tan triste y oscura que las mujeres no podían ser vistas, aunque ellas sí podían ver a sus anchas, hay que suponerlo, tras la celosía del templo. En Zacatecas, la beatería e intolerancia de la gente le molesta, máxime porque todos creían firmemente que los ingleses, por heréticos y judíos, tenían cola. Lyon fue cuestionado por una monja sobre si la cola se le caería en caso de convertirse al catolicismo. Lyon dio la callada por respuesta. El hubiese sido el mis asombrado de haber sabido que la intolerancia hispánica tenía como antecedente herencial la intransigencia judía.

Lyon visitó el Santuario de Los Remedios y declaró a la virgen enemiga de los intereses británicos, ya que había escuchado las súplicas del pueblo y había permitido el norte que dispersó a la escuadra del almirante Blake, quien bloqueaba el puerto de Veracruz e impedía la partida de los galeones cargados de plata hacia La Habana.

Por último, coincide con todos los viajeros de esta década en la familiaridad del trato entre amos y sirvientes; pero es que Lyon usa la palabra *doméstico* para un oficio que en el mundo hispánico, desde tiempo inmemorial se conocía con la palabra *criado*, que alude a la convivencia desde la infancia y bajo el mismo techo del señor y de los subordinados.

No vale la pena detenerse mucho en las breves notas que sobre México expone el caballero George Alexander Thompson (*Narración de una visita oficial a Guatemala desde México*, Londres, 1829), que había actuado como secretario de la comisión inglesa enviada a México en 1823, cuyo jefe era el señor Lionel Harvey, y que también había participado en la comisión encabezada por los señores Morier y Ward, negociadores del tratado anglo-mexicano del 21 de abril de 1825.

Thompson se puso en México en contacto con el representante de la República Central (de Centro América), señor Juan de Dios Mayorga, y con el representante de Colombia, don Domingo Saviñón. Comisionado por el gobierno de S. M. Británica salió para el sur, vía Cuernavaca, Chilpancingo y Acapulco, para embarcarse en este puerto rumbo a Guatemala. Ante la expectación de los acapulqueños se dio un baño de mar: pero tuvo la desgraciada ocurrencia de colgar su ropa en una nopalera, con lo que al ponérsela de vuelta del baño, las espinas y el calor constituyeron su agonía nocturna y la diurna al otro día. Nos describe un baile popular que presencié en el puerto, un bolero español del que hace una somerísima descripción: pues “todo el

mundo sabe cómo es el bolero que se baila en España”. Probablemente la modificación de este agitado baile en pleno trópico le obligó a señalar que las parejas lo bailaron con mucha decencia e inocencia.

Tenemos también la narración del capitán (después coronel) R. A. Colquhoun, paralela a la de Robert Phillips (incluida esta última como apéndice A en la obra de Ward ya estudiada), quién llevó las bombas de desagüe desde la costa a Real del Monte, venciendo todas las dificultades del transporte. Como expone el señor H. Murray Campbell, de quien tomamos estos datos, todavía pueden verse (esto lo escribió en 1949) algunas de estas viejas bombas de Cornualles, en las minas del estado de Hidalgo, probando con ello la excelencia de la maquinaria inglesa.

El hecho de que para exportar la plata en numerario o en lingotes el gobierno mexicano impusiera tarifas de exportación, ingenió a las compañías mineras inglesas, con objeto de burlar el impuesto, a fundirla plata y moldear con ella bustos en serie del emperador Napoleón, que como piezas de arte podían ser exportadas libremente. Por eso es que todavía quedan almacenados en Pachuca algunos de los moldes en que se vaciaron los bustos del famoso corso.<sup>66</sup>

### III

El anónimo autor de una serie de *Cartas familiares*, o bosquejo de las costumbres y de la sociedad mexicanas, además de un *Diario* de orientación mercantil por el interior de la República, redactados ambos durante los años de 1824, 1825 y 1826, fue identificado hace ya algunos años por el erudito bibliógrafo Juan B. Iguíniz como T. Penny. El maestro jalisciense encontró en la Biblioteca Nacional de México un ejemplar del libro citado (seguramente el que conserva todavía esa institución y que pudimos tener en nuestras manos) que lleva una nota manuscrita “que descubre a su autor, escrita probablemente a raíz de la aparición del libro”.<sup>67</sup> La nota indicada se halla en la parte interna de la portada en donde puede leerse claramente “T. Penny”. Estas tan escasas noticias sobre el autor y un tal juicio, en un principio no exento de ligereza, según nos

66 Véase H. Murray Campbell, *Englishmen in Mexico a Century ago*, México, edición del autor, 1949, p.11.

67 J. Iguíniz, *Guadalajara a través de los tiempos*, Guadalajara, Banco Reaccionario, 1950, p. 111, n. 1.



pareció, pues bien podría ser la inscripción la del dueño original del libro, nos hizo preocuparnos seriamente por conocer algo más del autor de una obra tan interesante por lo que atañe a nuestro México recién independizado. Quisimos ante todo averiguar si el tal Penny de la firma era realmente el autor anónimo, de acuerdo con el punto de vista adelantado por Iguíniz. Con meta a la comprobación escribimos al latinoamericanista británico Harold Blakemore, secretario del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres, al que habíamos conocido aquí en la ciudad de México durante una visita de estudios que realizó al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, dirigido por el doctor Leopoldo Zea.

Blakemore se interesó vivamente por el libro del viajero inglés; ojeó el ejemplar que llevábamos con nosotros y nos prometió que a su regreso a Inglaterra procuraría enviarnos toda la información que pudiera recabar sobre el supuesto autor T. Penny. Pasados algunos meses el profesor Blakemore nos escribió informándonos que tras haber revisado muchos catálogos no encontró sino una referencia a un manuscrito titulado Penny, William T., *Notes and comments on travels through Mexico and Central America*, perteneciente a la Universidad de Tulane (Nueva Orleans), que asimismo guarda en custodia la edición de dicho manuscrito, publicado en Guatemala en 1913. Al presente hemos escrito a Tulane y es probable que pronto podamos conectar la posible relación entre el manuscrito y edición citados con nuestras *Cartas* y poder despejar así la incógnita que nos plantea el autor anónimo, que bien pudiera ser el mismo del manuscrito tulanense.

Además de lo ya expuesto, Blakemore nos informó que el libro del autor anónimo que motiva nuestro estudio fue editado por la conocida, acreditada y antigua editorial londinense Longman and Company (cosa que ya sabíamos por el pie de imprenta de nuestro ejemplar), impreso y vendido por T. Kaye, de Liverpool; que se hizo de la obra un escaso tiraje (ciento cincuenta ejemplares) de los que, de acuerdo con los registros de compra y venta de la editorial mencionada, se habían vendido por el mes de abril de 1830 sesenta y dos libros; cinco fueron enviados, tal vez como obsequio; que los ochenta y tres restantes se devolvieron a T. Kaye y que el precio de cada uno era de dos cheques y diez peniques.

En los registros de Longman and Company, que el lector podrá ver con dificultad por ser fotografías tomadas de las dos copias xerográficas que nos

envió Blakemore,<sup>68</sup> no aparece el nombre del autor, lo que comprueba nuestra sospecha de no sólo mantener éste intencionalmente en secreto su nombre, sino también que por sus relaciones comerciales, si no es que asimismo por su situación social o política, se vio obligado a ocultar su identidad. Aunque él mismo se refiere, ya hacia finales de su viaje, al encuentro que tuvo con William Bullock, ya citado en la primera parte de este estudio preliminar, quien le cedió su excelente mula para terminar el recorrido hasta Veracruz. Éste otro viajero inglés autor de *Seis meses de residencia y viajes en México* (traducido ya al español apareció en 1983 editado por el Banco de México) no nos dice nada del citado encuentro ni descubre a su amigo y compañero de viaje, ni éste pierde patronímicamente prenda en su propio relato.

De hecho y pese a estas aclaraciones seguíamos sin saber a ciencia cierta quién era el escritor de los bosquejos mexicanos.

Así estaban las cosas cuando la tornadiza casualidad, que nunca abandona al investigador que la acosa tenazmente, nos dio la oportunidad de *tropoznarnos* con un “Aviso” inserto en el *Registro oficial de la Federación* (núm. 65 del 4 de julio de 1832) en donde se asienta que habiéndose dado por terminada la compañía o razón social del señor Diego P. Penny, de la capital de la República y de los señores Penny y Compañía, de Veracruz, y Penny Hermanos de Liverpool, el socio Carlos M. Penny se retira de dicha firma comercial, quedando así la sociedad bajo la dirección de los socios restantes, Diego P. Penny y Carlos Whitehead, residente éste último en la capital, mediante poder conferido por los citados Diego y Eduardo Penny. Esto nos confirma la presencia de la familia Penny en el país y la existencia de una empresa comercial en México-Veracruz bajo la firma de Penny y Compañía. Lo cual prueba la afirmación del viajero anónimo, de que se alojaba cuando llegaba al puerto en la casa (depósito o almacén) que su compañía poseía en Veracruz. Nos quedaría tan sólo ahora relacionar dicha empresa con el autor del manuscrito conservado por la Universidad de Tulane, el ya citado William T. Penny, viajero comerciante y escritor cuyo nombre coincide no sólo por la letra inicial del apellido materno, sino también por las tres características que le tipifican con el autor anónimo identificado por Iguíniz.

Por supuesto, ello es una presunción que sólo podrá comprobarse o rechazarse mediante el conocimiento directo del manuscrito y edición del

68 Véase Apéndice VI, números 1 y 2.

mismo, que se halla en posesión de la universidad estadounidense ya indicada. Se trata pues de una identificación probable, no segura; pero sin duda es la más próxima a la verdad que por el momento tenemos y, sobre todo, la única que hasta ahora hemos podido obtener.

El viajero y autor desconocido, al que ya podríamos atrevemos a llamar, no sin reservas, William T. Penny, pudo tener la oportunidad de viajar a Centroamérica después de su viaje por México, y lo escrito por él tal vez pasó a formar parte o a completar el manuscrito publicado en Guatemala en 1913. No obstante nos parece improbable que Penny repitiese el viaje a México y lo ampliase a Centroamérica, pues por lo que toca a nuestro país, una vez afirmado y completado su primer objetivo comercial, ya estaban sólidamente establecidos los Penny en éste, y como la compañía marchaba, según parece, viento en popa, no creemos, como decíamos, fuese nuevamente necesaria su presencia en México. Habría, por tanto, que pensar en ese segundo viaje a Centroamérica con vista a la ampliación de los negocios de la compañía anglo-mexicana.

Tenemos que admitir que el Penny viajero por el México de los veinte del siglo XIX era un adecuado y excelente trotamundos, lo que está abonado por su resistencia física y por su derroche de energía, que se palpa en su viaje final de regreso (México-Veracruz), cuya etapa Puebla-Jalapa-Veracruz, la hizo a caballo en un tiempo brevísimo (sale de Puebla en la madrugada del día 17 de marzo, descansa en Jalapa dos horas el día 18 y para el 19, bien entrada la noche, llega al puerto, y el 20 en la mañana sale para La Habana en una fragata de guerra de su país). ¡Noventa y tres leguas (511.5 km. a razón de 5 o 6 km por hora) en poco más o menos dos días y medio, habiendo descansado durante la noche en Puebla y dormido solamente dos horas en Jalapa). Debió haber sido un hombre resistente que frisaba los cuarenta años; comerciante acomodado, de holgado vivir, puesto que la caballeriza de su casa era, según refiere, más espaciosa que el cuarto de uno de los tantos mesones mexicanos donde tuvo que pernoctar. Hombre por demás emprendedor, atraído por el nuevo *El dorado* que, gracias a la Revolución de Independencia, se había abierto un tanto ingenua y eufóricamente, según vimos, a las ambiciones, codicias y apetencias de las naciones que durante tres siglos se habían visto desplazadas por el estricto monopolio económico y político ejercido por España en sus dominios americanos.

Nuestro viajero posee además cierto roce social que le permite alternar cómodamente con sus iguales y, sobre todo, sentirse a sus anchas en los círcu-

los mexicanos de la antigua aristocracia, supuesto que ésta mostraba la peculiar campechanía heredada de la nobleza española, que hacía gala en sus modales, trato e incluso lenguaje, de un populismo ignorado por la estirada y rancia elite aristocrática inglesa. Penny se adorna además floreado al piano, bailando contradanzas y utilizando frases hechas en francés (el idioma diplomático y de moda por entonces). Su español debió haber sido bastante aceptable pues no sólo le permitió conversar con los de arriba y los de abajo (en casonas y en posadas), sino también asistir a representaciones teatrales. Él censura a ciertos comerciantes franceses, con los que se cruza en el camino, por la ignorancia total del castellano por parte de éstos; lo que le lleva a decir que los franceses son los peores viajeros de todo el mundo. Él, que tenía una vasta y notable experiencia viajera, puesto que había recorrido Francia, Italia, Grecia (todavía en poder de los turcos) y el Cercano Oriente, sabía bien y de sobra que las relaciones comerciales requerían sustentarse, para ser provechosas, en una correcta, comunicación entre las dos partes contratantes.

De acuerdo con la moda de su tiempo, va asentando notas en su diario y escribiendo cartas que, recopiladas posteriormente, constituyeron la base de su libro. El contenido de ambas nos perfila a un atento y curioso observador crítico, que sin alardes literarios describe a sus lectores lo que él vivió, vio y oyó; lo que él consideró digno de elogio y lo que juzgó impropio.

Su propósito al escribir es el de ser escrupulosamente exacto; estar bien informado para poder transmitir a sus lectores observaciones valiosas. Como el sujeto temático de Penny es México y los mexicanos, es natural que muchos de sus juicios críticos, aunque originales para él, coincidan con los de los otros viajeros reseñados en la primera parte. Advertido de esto el lector, creemos que comprenderá la necesidad en que nos hemos encontrado al analizar los tópicos de Penny, de tener que repetir ideas ya expresadas por los otros (*a priori* y *a posteriori*, según el caso y de acuerdo con la secuencia temporal). A veces los juicios son tan semejantes, tan coincidentes, que parecen calcas y hasta plagios; lo que en ciertos casos bien pudo haber ocurrido (Ward respecto a Poinsett, Penny con relación a Bullock, Beaufoy en función desenmascadora de éste último y de Humboldt, bosque comunal de donde todos los extranjeros obtuvieron materiales). Pero debemos admitir forzosamente que las coincidencias temáticas y tópicas se deben más, como dijimos, a que el sujeto y sujetos sometidos a examen crítico son los mismos. Las circunstancias his-

tóricas, políticas y sociales de los observadores y del ente sometido a examen contribuyeron sin duda a la reiteración.

Amigos y familiares de nuestro viajero estuvieron al tanto de sus andanzas por tierras mexicanas y los receptores de su diario, sus socios, sin duda alguna, recibieron por su conducto los informes económico-políticos imprescindibles para planear y promover sus inversiones en nuestro país con seguridad, con vista al éxito.

En una de las cartas familiares en que describe minuciosamente el atuendo masculino y femenino de los mexicanos, se excusa por no haber descrito en primer lugar el de las damas, por lo que podemos deducir que el receptor o receptores de la epístola en cuestión han de haber pertenecido al por entonces llamado muy convincentemente sexo débil; pero no sabemos si se trataba de su esposa, de su hija, de una hermana o de cualquier otro familiar femenino; si bien nos inclinamos más a pensar, por el tono peculiar de la misiva, que la misma fue escrita para satisfacer la natural curiosidad de la lejana destinataria. A ésta le ha de haber gustado y asombrado mucho, sin duda, saber que durante los tres días que duraba la fiesta de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) las señoras y señoritas mexicanas se cambiaban de vestido cuando menos tres veces al día (mañana, tarde y noche) lo que hacía un total de nueve prendas para cada una de las asistentes a la feria. Esto suponía, por supuesto, un gasto extraordinario si no es que extravagante, lo que se agravaba por el hecho mismo de que telas, encajes, medias y adornos, productos ingleses de importación en buena parte, alcanzaban un elevado costo. Tal derroche debió impresionar a la lectora, burguesa acomodada, hay que imaginarlo, cuyo puritanismo anglosajón ha de haber juzgado negativo tal despliegue de ostentación, de vanidad y de riqueza mal empleada; pero que al remitente le han de haber regocijado por las buenas ganancias que le hayan correspondido por aquellas extravagancias suntuarias, aristocratizantes y derrochadoras; pese a la crítica moral de raíz protestante se trasluce el espíritu utilitario y mercantilista que animó al viajero a referirse a un tema aparentemente banal e intrascendente. La permanencia de Penny en México abarca del 14 de mayo de 1824 al 20 de marzo de 1826; es decir, un lapso de un año, diez meses y seis días. Desembarca en Alvarado pues las tropas españolas realistas ocupaban todavía el Castillo de San Juan de Ulúa, y sale por el puerto de Veracruz para retomar a su patria, vía La Habana en la fecha citada arriba. Su viaje por tierra desde Alvarado a la capital de la República transcurre entre

las vicisitudes viajeras típicas de aquel tiempo y utilizando los medios de transporte de la época: a caballo, en mula, en volanta, en litera y en coches arrastrados por seis mulas. Aunque hombre inglés, pragmático y lector del famoso libro de Alejandro de Humboldt, y justo por esto último más que por nada, no puede evitar el sentirse inmerso y ser presa de la tendencia romántica de ese tiempo, que veía en el paisaje la culminación del sentimiento naturalista, del amor a la naturaleza exaltado por las lecturas obligadas de las obras de los autores europeos de comienzos del siglo XIX: de las Atalas, los Pablos y las Virginias, entre otro de tal orientación. Penny cabalga y cabalga, respira con fruición los efluvios de la tierra que va atravesando y se extasía ante los variados y hermosísimos panoramas que van desfilando ante sus ojos al paso de su cabalgadura. Pero ¡ay!, las viviendas indígenas vistas a lo lejos, bajo majestuosos árboles, pierden todo su encanto al aproximarse: chozas inmundas, habitantes indolentes, mal encarados, y suciedad y miseria por doquiera. En los obligados altos en el camino ya para tomar un refrigerio o para descansar, se lanza nuestro hombre, como lo hace en Puente del Rey (hoy Nacional) en “busca de aventuras”, no amorosas, por supuesto, sino en busca de sorpresas, de novedades y contrastes, de situaciones insólitas que al mismo tiempo que le atraen irresistiblemente le inquietan y le provocan incontrolables recelos. Ya en Veracruz, abandonada hacía poco por las tropas españolas que se habían replegado al castillo y que de vez en cuando bombardeaban la ciudad y la iban dejando parcialmente en ruinas, al estupor romántico suma su admiración por la regularidad cuadrículada de sus calles limpias y trazadas a cordel; por sus plazas y por las hermosas casas particulares, tan adecuadas al clima de tierra caliente. Es la primera ciudad colonial española que Penny visita y al traspasar sus puertas se acrecienta su emoción histórico-romántica al recordar “la gloriosa revolución de la cual la ciudad había sido recientemente testigo”; es decir, el pronunciamiento del joven coronel Santa Anna contra Iturbide y que a poco costó a éste la corona imperial. Nuestro inglés no pudo menos, sin lugar a dudas, que compararla ciudad de Kingston (Jamaica) con Veracruz, y por los elogios que hace de ésta nos deja la impresión de que en su fuero interno le concedió la palma; premio que se acrecentaba por la inmemorial hospitalidad y alegría que caracteriza a los veracruzanos. Pero una vez expresado esto no puede reprimirse y contrastará las bellezas naturales con la realidad social. Entra en una taberna y como por encanto huyen de él todas las sensaciones placenteras al sentirse rodeado, como en Alvarado o en los jacales in-



dios, por la inmundicia y carencia de confort. Este claroscuro contrastante, el elogio seguido de inmediato por la censura, va a constituir el estilo crítico peculiar de Penny durante su estancia en México

Jalapa le parece deliciosa por estar situada en una región románticamente tropical, exuberante; ahí conoce al general Guadalupe Victoria, jefe militar de la plaza, y éste, según el entrevistador, quedó encantado de la visita.

Puebla es una ciudad bellísima, hermosamente situada, industrial; pero de carácter levítico, excesivamente clerical y, por ende, peligrosa para un protestante como él; le desagrada no menos que el Mesón del Cristo donde hubo de alojarse y que al igual que todas las posadas en donde tuvo que pasar la noche (en Jalapa en el Mesón de la sangre de Cristo) resultó ser asiento de toda incomodidad. Y esto sin contar los nombres que a todos los viajeros anglosajones de religión reformada les sonaba a escandalosamente blasfemos. Penny compara, por supuesto, estas especies de ventas quijotescas y sus servicios con las elegantes y cómodas hosterías y cafeterías rurales inglesas, donde aseados mozos con zapatillas y medias de seda servían al viandante un succulento *roastbeef* y un delicioso té. En los albergues mexicanos el yantar era ínfimo, el servicio nulo y en lugar del típico brebaje británico se tenían que conformar los viajeros con el mexicanísimo chocolate.

Por fin llega a la capital de México, a la “Ciudad dorada”, y tras experimentar el gran suspenso del desfile del viático, espectáculo en extremo enajenante para él, se aloja en La gran sociedad, hotel tolerable pero no para más de dos días, al cual irónicamente llamaban los huéspedes extranjeros La gran suciedad.

Una vez alojado se pone en comunicación con la matriz comercial inglesa ya establecida en la capital, y ayudado por sus amigos y recurriendo a sus cartas de recomendación comienza a ponerse en contacto con las casas y personas que podían recomendar, beneficiar o auxiliar de alguna manera su misión y su trabajo.

Cuatro tipos de casas y, pues, de personas, atraen en primer término su atención: las casas de los comerciantes españoles constituyen su inicial paso exploratorio; pero éstos se muestran recelosos con vista a la más que segura competencia, como lo probaban las cinco firmas comerciales inglesas y las dos norteamericanas de las que ya dependía casi totalmente el negocio de importación. Por esta razón Penny es recibido fríamente y después de unas cuantas visitas decide prescindir de tales relaciones; las casas que posteriormente frecuenta son las pertenecientes a la burocracia estatal, a los abogados, mé-

dicos y oficiales de rango, pero las que más le atraen, que encuentra más adecuadas y que, por supuesto, son también blanco de sus reproches, son las que corresponden a la aristocracia mexicana, a la de los descendientes de la abolida nobleza colonial, y las casonas pertenecientes a la clase social, según escribe, de *premier bon ton*.

Podría parecernos extraña la facilidad con que Penny se relacionó con tanta gente de polendas; pero aparte de que sus credenciales eran buenas, hay que recordar que Alejandro de Humboldt encontró tras los mostradores de las tiendas novohispanas a personas con títulos y grandes cruces, sin que por ello perdiesen categoría ante los de su rango y ante el resto de sus conciudadanos. Empero existía otra razón poderosísima que era la presencia de un viajero como Penny, recién llegado de la vieja Europa, del centro histórico mundial por aquellos tiempos, que traía noticias frescas, interesantes y surtidas que comunicar al expectante auditorio.

Desde Veracruz hasta México y después en sus viajes por el interior de la República encontró estas típicas casonas que llamamos ahora coloniales, y dentro de ellas un ávido y curioso círculo familiar y tertuliente, presto a escuchar toda suerte de novedades históricas, políticas, sociales, económicas y costumbristas sobre un mundo en disputa entre el antiguo y el nuevo régimen, entre la aristocracia y la burguesía, entre progresistas y cangrejos; en suma, entre dos sistemas de vida. Como en México el proceso de cambio estaba en camino de pugnaz realización, se comprende el interés de todos por saber qué es lo que estaba aconteciendo al otro lado del Atlántico.

Penny recoge en una de sus cartas sus impresiones y las de los contertulios. Podemos inferir que tales pláticas y explicaciones fueron contribuyendo a configurar el proceso de desmoralización que poco a poco se transformaría inconscientemente en el perorado complejo de inferioridad y minusvalía que le han atribuido al mexicano. Todavía mis, tales tertulias contribuían a un animado intercambio de noticias: si los curiosos oyentes de Penny se mostraban deseosos de saber lo que ocurría en Europa, él estaba no menos interesado por conocer lo que acontecía en el México republicano y por lo que era posible premonitoriamente imaginar que iba a acontecer, puesto que los intereses comerciales y mineros británicos, tan ligados a las complicaciones inversoras derivadas de la deuda inglesa, estaban en juego.

La típica casa-palacio novohispana le sorprende y asombra; es una fábrica descomunal, impresionante, con vanos apropiados para una troje, pero

muy poco confortable de acuerdo con los principios arquitectónicos de comodidad imperantes en el tradicional *home* anglosajón de estilo georgiano. Las casonas hispánicas de tradición mediterránea, latina (*hortus-conclusus*) resultaban demasiado espaciosas, barrocas, señoriales y estaban amuebladas solemne pero inconfortablemente. Cuando Penny las conoció habían ya perdido buena parte de su antigua grandeza y esplendor; él se alojó en una de ellas que ya reflejaba la estrechez e indignancia de los nuevos tiempos, por haber venido a menos los ingresos de sus antes opulentos propietarios. La habitación alquilada por nuestro sagaz viajero era ciertamente amplia, de techo altísimo, ventilada, pero carente de baño, de sillas y de mesa; el lavabo era ruín, mas la bacinica (*pot de chambre* era, por contraste, de pura plata.

Estas viviendas hispánicas, tan antiburguesas, tan faltas de la intimidad hogareña vermeeriana y puritana, también le chocan por otro motivo no menos desalentador: la planta baja y las accesorias se hallaban ocupadas por cocheros, palafraneros, caballerangos y criados, y también vivían y ganaban su vida en ellas gran número de artesanos que tenían allí sus modestos talleres. Si el piso principal estaba reservado para los señores, el intermedio o entresuelo lo ocupaban personas de medianos recursos, y la planta baja, como hemos señalado, por gente del pueblo, incluyendo hasta uno que otro lépero gracias al bondadoso y caritativo patriarcalismo del dueño. Tal promiscuidad social dentro de este micromundo social resultaba incomprensible para el satisfecho burgués que era el comerciante William T. Penny; para este estirado caballero protestante, que no podía entender aquel anticuado, paternalista y cristiano sentido de convivencia social, el espectáculo le parecía grotesco e inaceptable.

El vendaval reformista posterior (revolución burguesa victoriosa) destruyó en México tal sistema de trato familiar y de convivencia jerárquica aceptado por todos y fue relegando paulatinamente, como se dijo al estamento popular a los llamados barrios bajos, a la par que se iniciaba el implacable proceso capitalista del alza de alquileres de viviendas, que antes la Iglesia (dueña de la mayor parte de las casas de arriendo) y los grandes señores procuraban por un elemental principio cristiano-católico que fuesen caritativa pero antieconómicamente muy bajos. El corazón de la ciudad fue quedando exento de tan inoportunos, cuanto molestos huéspedes, hasta culminar en la época porfiriana con la prohibición de acceso al centro capitalino no sólo de los léperos sino también de los indios y en general de la gente pobre mal trajeada y, pues, sospechosa.

Penetra Penny en el círculo de la antigua nobleza colonial y sin mucha solemnidad ni protocolo lo presenta un amigo a la familia del conde de Regla.<sup>69</sup> A la hispánica manera con sencillez y franqueza en el trato, conversa en la lujosa sala de visitas (que mostraba ya visibles señales de decadencia) con la condesa de Regla, hija de Doña María Ignacia Rodríguez, la famosa “Güera Rodríguez”.<sup>70</sup> La encuentra sagaz, mundana, pero intelectualmente poco cultivada a causa, una vez más sea dicho, de la deficiente educación femenina hispánica recibida. Asimismo, el estupor de Penny se manifiesta cuando ve a la hermana de la señora, cigarrillo en mano, y no puede menos de ruborizarse cuando observa las manchas de nicotina entre los dedos de la fumadora. Es comprensible este rubor ya que en Europa apenas comenzaban a fumar, repitamos, las damas que no lo eran.

Una joven, hija de la dueña de la casa, atrae la atención del visitante, platica con ella y cuando ésta admite la superioridad de los varones ingleses sobre los mexicanos, la satisfacción y el orgullo de Penny se cuantifican al máximo. La culpa, ya lo ha de saber el lector, se debía al gobierno español, a su dañina política empeñada, aviesa e interesadamente, en no estimular ni ilustrar durante su oprobioso mandato a la juventud en las ciencias y en las artes.

Llega el conde, dueño de la casa, e inmediatamente entran, podemos decir, en conflicto los convencionalismos de la etiqueta y cortesía a la española, con la cortesía y etiqueta a la inglesa. Penny, más seco y parco en sus demostraciones, no puede entender los metafóricos ofrecimientos y actitudes del señor de la mansión. Todo lo siente desmesurado, en extremo obsequioso, y todo le suena a palabrería hueca y aduladora; de aquí su ironía con vista a sus lectores, al describir la complicada, refinada y cómica escena, para él, de saludos y contrasaludos cuando inicia y concluye su visita. Pero cuando en Cuautla asiste con personajes de la alta sociedad mexicana a una modesta representación teatral de una compañía de cómicos de la lengua, son las damas las que imponen su criterio y aunque el viajero y sus amigos desean retirarse

69 Creemos que se trata del tercer conde de Regla, casado con doña María Josefa de Villamil Rodríguez, de precaria salud cuando la conoció Penny. Las otras dos hermanas de la señora eran: doña María de la Paz y doña María Antonia.

70 El ya citado don Pedro Romero de Terreros, casado, repitamos, con “Doña Pepa”, como así la llamaban sus íntimos, la cual murió en Nueva York en 1828 a donde había ido a recibir un tratamiento médico especial dada su precaria salud; por consiguiente en 1824 no podía tener el ánimo y vivacidad con que la describe Penny.

pues la pieza y la puesta en escena les resultan deleznable, la educación y urbanidad de las señoras les obliga a permanecer en los asientos, pues ellas con fino tacto comprenden que a los espectadores pueblerinos se les ofendería iniciando una retirada tan poco cortés a la mitad de la función. Le agrada y se aprovecha, eso sí, de la liberalidad que muestran los señores en sus casas y haciendas, proporcionando albergue, cama y comida no sólo a los invitados sino también a quienes les caen de improviso con mayor o menor premeditado azar. Por demás está añadir que para Penny esta generosa y ruinosa prodigalidad es interpretada como derroche.

Cuando el viajero y sus amigos arriban a una de estas haciendas, todos los invitados ya habían comido y sin embargo los comensales permanecen sentados en la mesa hasta que los recién llegados terminan de comer. Esta hospitalidad y fina cortesía no se practicaba sólo entre los grandes, sino también entre las familias de mediano y modesto vivir, las cuales en todas las ciudades, pueblos y ranchos se mostraban obsequiosas para hacer grata la estancia de los extranjeros.

Otro aspecto de la vida social mexicana saca de quicio a Penny y, en general a todos los viajeros anglosajones que nos visitaron por entonces: la familiaridad y trato llano en que conviven amos y criados. Usamos el término *criados*: insistamos, para traducir las palabras sirviente y doméstico que en su inglés utiliza el viajero; pero él, por supuesto, no tiene por qué entender de semántica ni puede por lo mismo conocer la carga histórica que en español tenía y tiene aún el vocablo. El criado, nacido por lo general en la casa de sus amos, tenía así una ascendencia inmediata e inclusive cierta autoridad en el seno de la familia, particularmente entre los miembros jóvenes de la misma, a los cuales los más ancianos denominaban cariñosamente niño o niña, lo que revela una realidad tradicional incomprensible naturalmente para Penny.

La promiscuidad social, insistamos de nuevo, imperante lo mismo en la iglesia que en el paseo, en el portal de Mercaderes, en las casonas y en las casas de juego resulta también molesta e inadmisibles para el inglés. Por ello, cuando en San Agustín de las Cuevas asiste a un baile exclusivo sin igual en Europa, que se realiza al aire libre, cautivador, al que sólo tenía acceso la gente bien dentro de un amplio círculo cercado por reatas, se muestra encantado, porque cuando menos en este caso particular el elemento popular se hallaba fuera del círculo de cuerdas, participando en calidad de simple espectador. Nuestro dibujante Casimiro Castro recogió posteriormente una escena seme-

jante con extraordinaria fidelidad; empero en ella los tipos populares no se encuentran separados y se les observa alternando con la alta sociedad, lo que significa que para 1853, fecha del apunte del artista, el proceso democrático se había acentuado, o bien que la exclusividad que tanto pondera y halaga a Penny no era tan estricta como él la captó.<sup>71</sup>

También echa de menos las reuniones sociales inglesas y el famoso té de las cinco; las tertulias mexicanas pronto le aburren, en parte por la excesiva franqueza que mostraban los tertulianos, por las confidencias femeninas expresadas a voz en cuello, que le hacen sentirse incómodo y, sin duda, por el chocolate que abundaba en todas partes y que poco a poco iba siendo sustituido en las familias linajudas por el café. En estas reuniones se hablaba también con libertad y se criticaba a los políticos; pero a diferencia de lo que ocurría en Inglaterra (punto favorable para México) no se murmuraba de las personas ausentes. Con el menor pretexto se organizaban danzas y bailes; se jugaba a las cartas y a las prendas, y se iniciaban románticos idilios amorosos, a veces imposibles de concretar, como en el caso de la melancólica Asunción, enamorada de un joven inglés que acompañaba a Penny en su viaje de negocios por tierras de Jalisco.

El abanico crítico de Penny, como hemos visto hasta ahora, es bien amplio; no obstante vale la pena insistir y profundizar en la realidad social del México de entonces que constituye el blanco de sus críticas. Encuentra servicios de mesa donde no hay cuchillos, pero en los que la cuchara y el tenedor son, cómo no, de fina plata; bellas mujeres y jovencitas vestidas con lujo y exhibiendo joyas deslumbrantes, pero que son acompañadas por hombres desaliñados, sin rasurar y con botas deslustradas. Esposo y hermanos tiranos y celosos; hombres briosos para todo tipo de diversiones, empero negligentes y abúlicos en el cumplimiento de sus asuntos y obligaciones. Son, al mismo tiempo, despilfarradores y tacaños, espléndidos y míseros. Los jóvenes se ven desgastados prematuramente por sus malas costumbres y nociva alimentación. El juego es el vicio nacional por excelencia; todo el mundo juega, incluidos los clérigos, y con indiferencia glacial, sin demostrar emoción alguna, sin alterar un sólo músculo de la cara, impávidamente ganan o pierden pilas de

71 Véase una escena semejante interpretada por el artista John Phillips en la edición de su *México ilustrado*, México, segunda reproducción facsimilar especial de Manuel Quezada Brandí, 1965.

onzas y doblones. El pueblo bajo también juega y los pesos de plata se pierden o se embolsan sin que los jugadores se alteren ni mucho ni poco. No faltan apuestas ni público en los palenques de gallos, a los que concurren inclusive las mujeres. Un renglón especial constituyen las páginas, más que críticas, virulentas, que escribe contra las corridas de toros, vestigio vivo de la crueldad española; por eso Penny, como todos los viajeros anglosajones, simpatizará con los toros y no con los toreros; se le hace difícil entender que el toro de lidia no es un bovino cualquiera, sino una auténtica fiera; que las corridas son un rezago prehistórico y mítico; un críptico culto heliolátrico que por vías misteriosas se cultiva todavía en España y que aquí en México, como en otros lugares del mundo hispanoamericano, encontró acogida entusiasta, acaso por la oculta razón de la superposición del culto ibérico al Sol con los cultos prehispanicos solares.

Mas los múltiples defectos de los mexicanos (entiéndanse los criollos y mestizos de tez clara) no son congénitos, sino también resultado, según él, de la escasa y pésima educación impartida por el gobierno español a sus súbditos americanos. España, retornelo obligado, no enseñó a los mexicanos a resolver por sí mismos sus problemas ni los entrenó para la libertad; de aquí la falta de espíritu cívico, las fallas del sistema administrativo y las riendas flojas en el gobierno del país. Inclusive las familias no sabían regirse bien: había exceso de libertad y carencia de energía, de experiencia y de reprimendas. La presencia inglesa en México y el ejemplo cotidiano de los británicos (actividad y disciplina) y otros extranjeros habían emperado comenzado a modificar esta situación. Los ingleses, que sobresalían en todo, como escribe el viajero (*“who excel in everything”*) habían ido opacando paulatinamente el orgulloso optimismo de los criollos.

En Jalapa, por ejemplo, la presencia y estímulos de los extranjeros habían contribuido a transformar a los jalapeños en una sociedad más abierta y franca, más cosmopolita y educada. Los extranjeros van cambiando, refinando y ordenando a la sociedad mexicana conforme se van extendiendo por el país. La viuda de O'Donojú,<sup>72</sup> que reclamaba la pensión debida a su marido, había adoptado al igual que algunas damas de alcurnia el bonete francés; corsés y polisones habían comenzado a aparecer y el severo vestido negro de seda

72 Esta pobre viuda que en el siglo se llamó Josefa Sánchez Barriga y Blanco murió en la mayor indigencia.



iba a buena prisa desapareciendo al impacto de las telas estampadas y de claras tonalidades que ingleses, norteamericanos, franceses y alemanes importaban. Los cambios tanto en las modas femeninas como en las masculinas se sucedían con el mismo apresurado vértigo de los pronunciamientos y revoluciones.

La ciudad de Puebla, según dijimos, no le agradó nada por la hostilidad, según él, de los poblanos de la calle hacia los extranjeros, a los que calificaban de herejes y judíos de acuerdo con el consenso popular fomentado por la intransigencia católica heredada de España. De acuerdo con Penny, un protestante siempre se hallaba en peligro en México, no importa lo virtuoso que pudiera ser, por causa del fanatismo del populacho. La Puebla de los Ángeles queda catalogada como el cuartel general de curas y ladrones, encabezados respectivamente por el obispo, el famoso Pérez, quien afirmara recurriendo a *Eclesiastés* que había tiempos de hablar y de callar, y el tristemente célebre “capador” o capeador (“robacapas”), Gómez, cuyas actividades delictuosas se cebaban en los españoles y particularmente en los extranjeros anglosajones contra quienes mostraba una ostensible y asesina ojeriza. En 1823 el bandido asaltó y dio muerte al norteamericano señor Crawford que viajaba con el caballero Murray.<sup>73</sup> Según Penny, su ilustrísima monseñor Pérez y el bandido Gómez eran íntimos y jurados amigos.

En la “magnífica” ciudad visita lo más digno de ella, la catedral, cuya riqueza, hermosura y esplendor la hacen superior, según él, a las europeas. Presencia el paso de una procesión, que le parece ridícula y bufa, y lamenta que hubiese tanta multitud abyecta, apiñada, como correspondía a la superchería en que vivía el engatado pueblo. Tuvo que aguantarse el desfile procesional e inclusive hincarse al paso del santo por temor a los espectadores. Pronto aprendió a hurtarse a tales lances y a escabullirse por las calles laterales cuando oía la campanilla que iba anunciando el paso del Viático. Sin embargo, en Guadalajara asiste todos los domingos a misa para evitar suspicacias y porque el éxito de sus negocios bien valía, pensaría él, el sacrificio dominical. En la feria de San Juan de los Lagos visita la iglesia principal y repara en la virgen María, en su advocación de Purísima Concepción, y la califica de Hécate protectora del Santiago Matamoros español y afiladora de las espadas con que los intransigentes peninsulares asesinaron a los judíos. En San Ángel nueva procesión, esta vez la del Monte Calvario; los santos iban vestidos ridícula-

73 Lyon, *op. cit.*, p. 171.

mente y “el que cargaba la cruz [es decir el Señor] vestía una túnica de terciopelo color escarlata”. Como puede observarse el cristiano protestante Penny está ya tan lejos de la tradición litúrgica que no puede comprender que el color rojo, símbolo del derecho, de la justicia encarnecida y atropellada, es el que corresponde a la representación de la Pasión de Jesús en la iconografía católica a lo largo del tiempo.

El Pocito viene a ser como el Zemzen de la Meca; es, a saber, un lugar milagrero de peregrinación, y aunque él se abstiene de dar su opinión sobre las apariciones de la virgen al indio Juan Diego, de seguro que no comprendió, como sí lo entendió, por contra, un ilustre compatriota suyo, el historiador Toynbee, allá por la década de los cincuenta del siglo en curso, que el mayor milagro guadalupano consistió y consiste todavía en ver agrupada en torno al amoroso símbolo a una multitud heterogénea, que pese a los distingos de clase y, más aún, de raza, se siente espiritual y nacionalmente unida pese a las tajantes cuanto dolorosas diferencias.

El sincretismo religioso católico-indígena también le molesta; en Guanajuato se topa con otra procesión y le irritan los disfraces de la comparsa acompañante, a base de diablos, monos, salvajes, bufones, etcétera, y si bien confiesa que es respetuoso de las opiniones ajenas, no puede disimular el ultraje y la mofa que se hace a la religión.

Un solo cura recibe los plácemes de Penny, el párroco de Huexotla, indio cultivado y colaborador del historiador Carlos María de Bustamante. Es el único indio al que alaba sin reservas el viajero, puesto que todos los demás le parecen degenerados, envilecidos, carentes de necesidades e indiferentes al progreso económico. Solamente en su recorrido por tierras de Guanajuato, Jalisco, Nayarit, San Luis Potosí y Querétaro va lentamente cambiando de opinión y encontrando en los grupos indígenas valores que en los primeros contactos (Alvarado, Veracruz, Jalapa, Puebla y México) no pudo o no quiso ver; desde luego la sumisión religiosa de los indios es lo que más le subleva. Aislados, fuera del contacto de blancos y mestizos, resultan mejores y les concede a muchos de ellos el que son buenos artesanos y que poseen unas capacidades imitativas extraordinarias; cosa ya observada por los frailes misioneros desde el siglo XVI, que Alejandro de Humboldt repitió y que Penny leyó en el famoso *Ensayo* que le sirvió de guía.

Los mestizos, que constituían la mayor parte de la población, tampoco son de su agrado; en su fuero interno, formado espiritualmente en el protes-

tantismo racionalmente selectivo y predestinatorio, los ve como una anormalidad biológica; de aquí que resulten en su mayor parte ociosos como los indios y astutos como los blancos. Por lo que toca a los criollos, a la poca numerosa pero sí económicamente potente casta de blancos, ya hemos expresado en páginas atrás cuál era la opinión de Penny frente a tal despilfarrador y maleducado espécimen caucásico, para decirlo a lo anglosajón.

Como ya hemos apuntado, la mayor parte de los extranjeros acude a nuestro México, a la novedad republicana de la década de los veinte del siglo XIX, atraídos por la oportunidad de realizar jugosos negocios. Son, nunca se insistirá demasiado sobre este punto, las avanzadas del capitalismo mercantil e industrial euroamericano, que estrena y ejerce sus tentáculos imperialistas de penetración no ya tan sólo en la antigua Nueva España, sino en todo el mosaico nacionalista hispanoamericano resultante de la fragmentación del imperio español.

El comercio hispano, dadas las circunstancias político-económicas derivadas de la lucha por la independencia (diez años, a decir verdad, de guerra civil. debida fundamentalmente a la obcecada incompreensión de la España conservadora, reaccionaria), queda arruinado; sin embargo, los comerciantes españoles conservan por el momento el monopolio de las importaciones y exportaciones. El prestigio mercantil de éstos, la experiencia de siglos y el control del dinero todavía se hallaba en sus manos, y los nuevos comerciantes y empresarios recién llegados, tenían que contar con los peninsulares en asuntos de transferencias de créditos y de circulación de numerario. Más todavía, las rutas comerciales y los puntos económicos y estratégicos de la amplia red monopolista a base de corresponsales y sucursales representaban un impedimento aún formidable a la penetración extranjera.

El comercio extranjero, el anglosajón en primer término, esperaba no sólo eliminar dicho obstáculo sino también suplantar la actividad española, y encontró un decidido y entusiasta apoyo en los principios políticos de los liberales extremistas, cuya consigna, como es sabido, tenía por objetivo la liquidación de todo lo hispánico. En seguida percibieron estos viajeros y comerciantes ingleses que las ideas y principios económicos librecambistas, *laissezfairianos* de aquéllos, podían favorecer sus pretensiones y procuraron por todos los medios a su alcance prestar su ayuda a la empresa liquidadora; verbigracia al derumbe de las tarifas aduanales protectoras y a la supresión drástica de la desleal competencia de los comerciantes españoles mediante el contrabando.

Durante el tiempo que el castillo de San Juan de Ulúa estuvo en manos de las tropas realistas, el negocio de contrabando que se realizaba desde la fortaleza bajo la solapada complacencia del jefe de la guarnición, significó para los comerciantes legales (extranjeros) una considerable fuente de pérdidas. El malestar de éstos llegó a tal extremo que uno de ellos, William Bullock, pensó que el medio más expedito para acabar con aquella injusta situación era la presencia de media docena de fragatas británicas de guerra, que “adecuadamente utilizadas aliviarían en unas cuantas horas el asunto y purgaría a la Nueva España del único reducto retenido aún por sus antiguos amos”.<sup>74</sup>

Eliminado el problema del castillo al rendirse honorablemente las tropas españolas y entregarlo a las fuerzas mexicanas enviadas por el gobierno, quedaba en primer término ahora la estricta y encarecedora política arancelaria sustentada por el proteccionismo alamanista y estevista. Don Lucas Alamán, voz cantante en el gobierno de don Guadalupe Victoria, pensaba, y pensaba bien, que la única manera de fomentar la incipiente industria mexicana (la de tejidos fundamentalmente) era protegiéndola mediante aranceles altos, para evitar el alud masivo de los géneros extranjeros buenos y baratos. Penny se queja de que los enormes impuestos dejaban poco margen de ganancia: una pieza de algodón que en Manchester tenía un precio de ocho chelines, era gravada en México con un impuesto de veinticuatro chelines en un principio y poco después fue elevado a treinta; pero de abatirse tales tarifas él podría, nos dice, abaratar la yarda de buen paño en cincuenta chelines.

El proteccionismo alentado por el gabinete victoriano tenía como meta no sólo el desarrollo de la industria nacional sino también el evitar la ruina de los obrajes y de la producción casera de los telares y algodonales familiares; ruina que tendría además como colofón catastrófico, de permitirse una importación indiscriminada de telas extranjeras, la pauperización de la población campesina y artesanal del país.

Por donde quiera que viajó Penny reparó en tales pequeñas unidades productivas (telares domésticos) que atendían a los mercados locales e incluso regionales poniendo a la venta frazadas, paños burdos, telas de algodón y muselinas morenas (mantas sin blanquear). Observó también con gran cuidado y no dejó de asentar en su diario, la producción ya a escala casi industrial

<sup>74</sup> Bullock *op. cit.*, p. 495.

de los obrajes de Puebla, México, Querétaro, Guadalajara, etcétera. Realizó un estudio de los costos y de las ventas al consumidor, y llegó a la conclusión de que géneros semejantes procedentes de Manchester, como los que él vendió por todo el Altiplano y el Bajío, abatirían los precios, lo cual redundaría en beneficio de la masa de compradores. Este tipo de *dumping*, tan benéfico para los industriales ingleses, intentaba repetir en pequeña escala, según apuntamos, la política económica de Inglaterra llevada a cabo en la India, donde la producción artesanal de tejidos fue completamente arruinada por la despiadada competencia industrial británica. Un amigo de nuestro viajero y comerciante, nos cuenta éste, obtuvo en México una ganancia de 1660 libras esterlinas en una venta facturada en 80; es, a saber, obtuvo, nada menos, un beneficio neto del 2075 por ciento.

En Alvarado Penny había encontrado veinte navíos, entre ingleses y norteamericanos, además de alguno que otro hanseático y francés. Por el puerto de Tampico y por Soto la Marina, aduanalmente poco vigilados por entonces, el contrabando burlaba las tarifas y los importadores fraudulentos tenían establecido un depósito central de matute en San Luis Potosí, cuyos ramales comerciales se extendían por el Bajío y se expandían hasta la lejana provincia de Texas. En la costa del Pacífico el puerto de entrada era San Blas y el depósito operaba en Tepic donde tres casas comerciales inglesas se beneficiaban, sin duda, de este ilícito comercio. En la capital mexicana se encontraban ya establecidas cinco firmas comerciales británicas y dos estadounidenses, y repitamos, el editor francés del libro, Basil Hall, apela en su exordio a los fabricantes de su país para que compitan en el mercado mexicano.

Se comprende que dadas estas circunstancias los comerciantes extranjeros no simpatizasen con sus colegas españoles, dueños desde bien antaño, como hemos expresado, del mercado.

Si los extranjeros deseaban comerciar tenían que hacerlo por los canales ya establecidos de los rivales, lo cual implicaba una dependencia y una merma en las ganancias que beneficiaba a los intermediarios. Penny quiso obrar por su cuenta; pero en última instancia tuvo que recurrir en Guadalajara a un prestigiado comerciante español para enviar el numerario obtenido en las ventas, por temor a llevarlo consigo a lo largo de una ruta amenazada seriamente por el bandolerismo rural. La desconfianza de Penny se agravó cuando el comerciante hispano recibió el dinero y no le entregó ningún recibo, asegurándole verbalmente, en cambio, que en México recibiría la cantidad de-

positada de manos de otro comerciante español. Para tranquilidad y asombro del inglés al llegar a México recibió, en efecto, la cantidad confiada sin faltar un solo flaco. Debemos suponer que el comerciante español establecido en Guadalajara, que no le cobró a Penny ni un centavo por la operación, le bastó sin duda con el jineteo de los pesos encomendados a su custodia

La eliminación de la competencia española se vio favorecida por un incidente nimio que, manipulado política, emocional y patrioteramente llegaría a ser de gran trascendencia y traería consigo el naufragio y hundimiento del comercio español. La conspiración del fraile dieguino español, el paranoico y “demencial”, según Alamán, padre Joaquín Arenas (enero de 1827), provocó el decreto de expulsión de los españoles (20 de diciembre de 1827) y fue muy bien aprovechado por los populistas (grupo de liberales puros partidarios del general don Vicente Guerrero) y sus adlátares los yorkinos, encabezados por Lorenzo de Zavala, el general José María Lobato, el coronel Santiago García, el señor Lucas Balderas y otros, estimulados subrepticamente por el ministro norteamericano Joel R. Poinsett, quienes desataron el llamado Motín de la Acordada (30 de febrero de 1828), cuyo punto culminante fue el saqueo del Portal de Mercaderes y del Parián, cuartel general del comercio español. El colapso del Parián y del Portal, y con él de todo el comercio hispano-mexicano intermediario en toda la República, repercutió, por tanto, no sólo en la capital sino en Centroamérica; desde Panamá (departamento colombiano por entonces) hasta Texas, Nuevo México y California. Si sumamos a este desastre la fuga de capitales españoles calculada en muchos millones<sup>75</sup> de pesos iniciada desde el derrocamiento de Iturbide, se comprende que las finanzas mexicanas siguieran inexorablemente cuesta ayuso sin que nada ni nadie pudieran evitar su total ruina.

Esta serie de acontecimientos dejó libre (más que libre desamparado) el campo a los negociantes extranjeros, quienes de inmediato comenzaron a ejercer su dominio exclusivo sobre la economía mexicana a todo lo largo del siglo XIX. No tenemos pruebas que nos permitan afirmar que en el desenlace competitivo unilateral los comerciantes arribados en la década de los veinte desempeñaran un papel decisivo; sin embargo, a juzgar por sus críticas y por

75 Como hemos dicho en otro lugar se calcula la fuga de capital de 60 a 140 millones de pesos, cantidades enormes por entonces. Calculado al cambio actual resultarían de 9 mil a 21 mil millones. Hay que tener en cuenta que el peso mexicano en 1827 tenía un poder adquisitivo calculado en corto 100 veces mayor.

sus indisimuladas ansias por suplantar el comercio español, nos inclinamos maliciosamente a pensar que en más de un caso, si no es que en todos, influyeron con su presencia y actividades en las dramáticas decisiones políticas del gobierno mexicano. En suma, eliminada la competencia y disminuidas substancialmente las tarifas aduaneras por obra, entre otros, de los ministros de Hacienda del gabinete de Guerrero (Lorenzo de Zavala, José María Bocanegra, Bernardo González Angulo y Francisco Moctezuma E.), el país se vio saturado de productos extranjeros, principalmente telas, que primero frenaron y después destruyeron las esperanzas industrializadoras de los Alamán y Antuñano. Pese a un impuesto del 10%, criticado por todos los comerciantes extranjeros, un raudal ininterrumpido de numerario comenzó a salir por todos los puertos habilitados del país, imposibilitando esta sangría argéntea el equilibrio de la balanza de pagos. El mundo se inundó de pesos mexicanos a consecuencia de nuestra acrecentada demanda de importaciones; en tanto que la incipiente industria más que languidecer, se ahogaba irremediabilmente. Los liberales puros subordinaron los intereses económicos del país a sus principios y valores políticos, y el despegue económico iniciado por los hombres sagaces y emprendedores, con el apoyo de estrictas leyes proteccionistas, no pasó de ser un fallido intento.

A fines de 1828, el Congreso de la Unión rechazó el proyecto presentado por los señores José Marta Godoy, Guillermo Dollar y Jorge Winte, consistente en derogar las disposiciones del arancel de 1827, que consideraba ilícito el comercio de introducción de tejidos al país. Los proyectistas, librecambistas a marchamartillo, pretendían que se les concediera por espacio de siete años el derecho exclusivo de importar piezas de lana y algodón. Como atractivo cebo, los tres citados pronosticaban un espectacular incremento en la recaudación del derecho de alcabala (impuestos internos interestatales). La administración guerrerense que siguió a la victoriana desembarazó, por el momento, el camino librecambista de los impedimentos arancelarios.

Para ejemplificar el caso nos vienen como anillo al dedo las observaciones de un viajero y excelente pintor, Carlos Nebel, quien se refiere a Puebla y a Aguascalientes (especialmente a esta última ciudad), que antes de la Revolución de Independencia tenía muchas fábricas (obrajes) de paños, “industria –escribe– que cayó allí, como en Puebla, por el comercio extranjero, y en el día de hoy [antes de 1834] hay muy pocas”. En efecto, en el año de 1829, prosigue el artista viajero, “tomó la ciudad [de Aguascalientes] un aspecto muy



comercial por las casas ricas extranjeras, que para establecerse en ella vinieron de San Luis Potosí”, de donde habían sido expulsadas.” Los negociantes extranjeros fueron recibidos con los brazos abiertos, pero pocos años después de su establecimiento, tuvieron que abandonar su nueva morada por las pérdidas considerables que hicieron en ella, y desde entonces la ciudad volvió a tomar su aspecto desierto y triste:<sup>76</sup> En Aguascalientes ocurrió a escala provincial lo que en la nacional aconteció en todo el país: agotada la capacidad de compra y escaseando el numerario la ciudad quedó paralizada económicamente y su incipiente industria arruinada y sin posibilidad de levantar cabeza.

Los mexicanos –escribe Ward– gracias al papel que se les asignó pudieron convenirse en consumidores de algo más que tortillas y algodones del telar casero, al poner a su alcance una porción de aquellas importaciones que debido al ingreso europeo abastecen el mercado americano. De la facilidad con que se adquiere gusto por las producciones europeas es suficiente prueba la total decadencia de las manufacturas nativas de lana y algodón, en el corto lapso de cuatro años (p. 407).

El pequeño libro de William T. Penny no se engalana con ninguna ilustración; en general los viajeros anglosajones que hemos hecho desfilar por las páginas de la primera sección de la parte primera tampoco hermosearon sus obras, salvo dos: William Bullock, que vino acompañado de su hijo, dibujante mediano, que se encargó de ilustrar los borrones de su padre, y Henry George Ward, quien trajo consigo a su esposa, excelente artista, que realizó unos buenos apuntes durante su viaje, con los cuales embelleció el texto del primer encargado de negocios de la Gran Bretaña, *México en 1827*. Hemos creído por lo mismo que el presunto lector nos agradecerá que hayamos incluido las veintinueve láminas que apoyan a la par que ilustran el contenido descriptivo del libro de Penny.

Tales láminas son reproducciones de dibujos, grabados y litografías de unos cuantos artistas extranjeros que viajaron por el México de la primera mitad del siglo. Por supuesto también hemos utilizado algunos de los excelentes trabajos de nuestro Casimiro Castro, cuya habilidad, buen gusto y fidelidad descriptiva en nada desmerecen frente a los de sus colegas de allende el mar.

76 Véase Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico por la República Mexicana (1829-1834)*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1963 p. XX.

Los artistas visitantes responden al interés suscitado en el público europeo y estadounidense por la novedad mexicana y tienen además unas miras diferentes a las de sus prosaicos compatriotas; en ellos es palpable no solamente el atractivo que ejerció el naturalismo romántico y el embeleso ante los paisajes de México, sino asimismo la admiración que les produjo el escenario ciudadano (las calles, las plazas, los monumentos, los edificios públicos y las casonas particulares) y el subyugante espectáculo de los habitantes; de la gente de arriba, de abajo y de en medio. No escaparon tampoco a sus inquisitivos y asombrados ojos las escenas típicas y los tipos populares; los mexicanos resultaban característicamente románticos aunque ellos no lo sospecharan. Por supuesto hay que aplaudir en tales artistas su generosidad en la forma de ver y de vernos, que no es precisamente la tónica de los otros viajeros. Su mensaje es más cálido, más apasionado y contribuyó mucho a paliar las deformaciones y prejuicios contenidos en las relaciones, diarios y cartas ya examinadas.

Nosotros hemos seleccionado los materiales ilustrativos de seis artistas, no por consideraciones rigurosamente estéticas, sino teniendo en cuenta la mayor representatividad en cuanto a los temas; en cuanto a la mejor captación sincera de la realidad. Carlos Nebel, alemán natural de Altona, se lleva la palma cuantitativa (nueve láminas); permaneció en México cinco años (1829-1834) en plena juventud (había nacido en 1805). Hemos incluido de él algunos temas urbanísticos y costumbristas porque ilustran adecuadamente el texto de Penny, y como éste no presta mucha atención a la arqueología mexicana, no hemos tenido necesidad de utilizar la gran serie temática arqueológica en la que tanto descolló el altonense.

John Phillips está representando por ocho láminas, porque también ilustra de modo adecuado (paisajes, escenario urbano y pintoresquismo) las descripciones y el anecdotario ínsito en Penny. Fue Phillips un excelente pintor inglés cuyos cuadros encontraron en la litografía, “el arte de oro” de esta época, un medio de amplísima difusión, el cual contribuyó no poco al conocimiento de México en el extranjero.

Daniel Thomas Egerton,<sup>77</sup> pintor y dibujante de origen inglés, nació en 1800 y fue asesinado en Tacubaya en 1842 durante su segunda residencia en México. Sus paisajes mexicanos poseen grandiosidad y delicadeza. Sus óleos fueron

77 Véase *Vistas de México*, edición facsimilar de la de Londres (1840) de Francisco Zamora Millet, México, 1976.

también litografiados. De él existen ilustraciones que aparte de su intrínseco valor representan lugares por donde el comerciante Penny pasó y nos dejó constancia de ellos en sus relatos.

El alemán Juan Moritz Rugendas (1802-1858) ilustró con dieciocho preciosos grabados el libro de su compatriota Carl Christian Sartorius, *México y los mexicanos*;<sup>78</sup> de los dieciocho hemos escogido únicamente dos: el que representa una glorieta de la Alameda, rodeada de árboles y de paseantes, y el que capta una encantadora escena de un baile popular de mestizos. Penny paseó por la primera y fue testigo de parecidos regocijos.

El litógrafo Decaen hace acto de presencia en este libro por una vista (íbamos a escribir aérea) de Veracruz tomada desde un globo, que nos aclara gráficamente la muralla que rodeaba a la ciudad, cuya puerta de mar hubo de cruzar para abordar la fragata que le llevaría a La Habana. El estilo de la litografía es el de Castro; pero bien pudo haber realizado este extraordinario dibujo alguno de sus colaboradores del *México y sus alrededores*,<sup>79</sup> J. Campillo, L. Anda o G. Rodríguez.

Por último de nuestro Casimiro Castro, dibujante, litógrafo y alumno del grabador y pintor italiano Pedro Gualdi (1838), existen cinco láminas, la vista de la capital tomada desde un globo nos presenta la bella “Ciudad dorada” colonial en la que vivió y por la que deambuló el viajero inglés cerca de dos años; las vistas de La Villa y del Paseo de la Viga son verdaderamente impresionantes, lo mismo que lo fueron sin duda para Penny; sin embargo, lo que parece una fiel ilustración del baile de San Agustín de las Cuevas descrito en la Carta XI, aparece en una lámina litografiada por Decaen en 1855.

78 Publicado por San Ángel Ediciones, México, 1973.

79 México, Talleres Litográficos de Comercial Nadrosa, 1961, p. 37.

